MARIO ESCOBAR

JAQUE AL REY

UN NUEVO CASO DE LA INSPECTORA GITANA

JAQUE AL REY

Mario Escobar

Copyright © 2023 Mario Escobar
Todos los derechos reservados.

DEDICATORIA

A los que siguen creyendo en la democracia a pesar de los malos gobernantes y pésimos líderes de este siglo XXI.

Gitano. Dicho de una persona: De un pueblo originario de la India, extendido por diversos países, que mantiene en gran parte un nomadismo y ha conservado rasgos físicos y culturales propios[1].

Durante siglos los gitanos han sido discriminados en Europa y en otras partes del mundo, sobre todo por su carácter nómada. En la actualidad se cree que provienen de la India. En España hay aproximadamente 650.000. La mitad de ellos son evangélicos de la denominación Filadelfia. Hace seis años saqué la novela *Canción de cuna de Auschwitz* y me sorprendió el gran número de comentarios racistas que se vertieron contra ellos, y que los medios de comunicación apenas mostrasen interés por el intento de exterminio que sufrieron en el siglo XX en la Alemania nazi y en la España de Fernando VI en el siglo XVIII.

CONTENIDO

JAQUE AL REY

DEDICATORIA

AGRADECIMIENTOS

1ª PARTE: CHANEL

1. La conexión
2. Tristeza
3. Autopsia
4. Hijos de Satanás
5. Monarca
6. Ministro
7. Las cintas
8. La Conchinchina
9. Individualismo

10. CNI
11. Amante
12. La familia
13. Rey
14. Uno más uno

2ª PARTE: LA VOZ

15. Voz
16. La Vedette
17. Sombras
18. Poder
19. No matarás
20. Fuego y humo
21. Escándalo
22. Imágenes
23. Africanos
24. Complicaciones
25. La guarida

3ª PARTE: EL PLAN

26. Secretos de Estado
27. La visita
28. Úrsula y Ernesto
29. El contacto
30. La tercera
31. Arrepentimiento
32. Bárbara
33. La pista
34. Su Majestad
35. Accidente
36. Misericordia
37. Don Manuel
38. La Tercera República
39. La oportunidad
40. Testigo protegido

Epílogo

AGRADECIMIENTOS

A los miles de lectores que se han enamorado de las aventuras de la inspectora gitana.

1ª PARTE: CHANEL

1. La conexión

Mónaco, enero de 2023

Siempre se había sentido una mujer fuerte e independiente. Había sacado adelante a su familia, sus hijos Paul y Marcus, a pesar de las amenazas del cafre de su ex, Sebastián Fittipaldi, el último vástago de una larga saga de nobles romanos, entre cuyos ilustres antepasados figuraban varios papas, media docena de cardenales y varios príncipes italianos. A pesar de las advertencias de su padre para que no se casara con ese impostado y mequetrefe noble italiano, ella se casó con Sebastián en 1992, no conforme con aquella metedura de pata, ocho años más tarde se volvió a casar con un noble alemán. Sin duda debía haberse alejado lo más posible de la realeza y la nobleza, pero al final había acabado siendo la amante de uno de los hombres más influyentes de Europa y un icono de las virtudes democráticas. Ni que decir tiene que esto tampoco había salido bien. Diecisiete años después, por primera vez en su vida, se sentía fuerte, independiente y completamente libre.

Conocía muy bien Mónaco, había vivido allí una larga temporada como asesora personal del príncipe de Mónaco. En el principado siempre se sentía segura, tenía un círculo de amigos muy cercano. Sus dos hijos ya eran mayores y podía viajar por todo el mundo. Su padre había dirigido una importante aerolínea internacional y siempre había soñado con viajar sin preocupaciones: en el fondo aquella era su única afición. No le apasionaban las joyas, las mansiones o los coches caros, aunque adoraba los hoteles de lujo, las cenas suntuosas y recorrer las ciudades más bellas del mundo.

Había vivido en varios países, entre ellos su Alemania natal, Argentina y Suiza, aunque Inglaterra era el lugar donde más años había estado. Tras su relación con su último amante había amasado una gran fortuna, por lo que ya nunca más tendría que volver a trabajar.

En ese momento sonó el teléfono, era un número desconocido, dudó un momento, pero al final descolgó:

—¿Quién es?

—Tienes que venir a Madrid de inmediato. Las cosas pueden complicarse.

—Yo ya me he olvidado de todo ese asunto.

—Si no lo haces tu familia o tú podéis estar en peligro.

La mujer frunció el ceño, los servicios secretos españoles llevaban años siguiéndola y, en algunos momentos, había pensado que eran capaces de todo por acallarla.

—¿Por qué me molestas ahora?

—Se ha descubierto lo del hijo.

La mujer se quedó sin palabras.

—¿Cómo es posible? Todo esto se hizo precisamente para desviar la atención.

—Alguien se ha ido de la lengua y una periodista tiene algo que podría ponernos en peligro a todos. Te espero en Madrid hoy mismo.

—No sé…

—Esto no es un juego, Clarise.

La mujer tragó saliva, Madrid era el último lugar del mundo en el que deseaba estar.

—Está bien, te veré en el Palace esta noche, cenamos juntos.

—Ok, pero intenta no llamar la atención. Los paparazzi están por todos lados.

La mujer colgó el teléfono y comenzó a temblar. Hubo una vez que estuvieron a punto de terminar con su vida en Madrid y temía que si regresaba a España no volvería nunca más a casa.

2. Tristeza

Adela Palazuelo se tomó un café solo, quería adelgazar un poco. Llevaba tanto tiempo sin ganas de nada, tras la pérdida de la única persona con la que había sentido algo en los últimos años, que pensó que la forma de subir su estado de ánimo era viéndose algo mejor físicamente. Se había apuntado a un gimnasio del barrio y se pasaba el día midiendo las calorías con su teléfono. Su jefe, el comisario Peral, le había querido dar la baja, pero lo único que le permitía seguir adelante era su trabajo.

Aquella mañana, después de casi dos horas de entrenamiento y un desayuno frugal con fruta, había conducido hasta la comisaria. El edificio se caía a pedazos. El ministro de Interior parecía más centrado en salvar su culo, debido a su última cagada en Melilla, que en dotar a la policía de las herramientas necesarias para terminar con el aumento de la delincuencia en el país. Todo el mundo hablaba de Barcelona, pero en la capital también estaba aumentando la delincuencia.

Subió por las escaleras para hacer algo más de ejercicio y después se dirigió a la sección; las cosas no habían cambiado mucho desde su llegada a Carabanchel. Continuaba Marcela, a la que todos llamaban la Argentina, Fran y otros dos inspectores a los que llamaban los NPC de la oficina, los *Non Playable Character* o personajes no jugables.

—*Hey* —le dijo un hombre con el pelo azul y vestido con un abrigo a cuadros, un pantalón de talle alto con cuadritos grises.

—¿Quieres poner una denuncia? Es en la otra planta —le contestó

Adela de forma mecánica mientras se sentaba en su mesa. Tenía el escritorio ordenado por primera vez en su vida.

—Soy Shawn Montemayor, tu nuevo compañero.

La gitana le miró de arriba abajo.

—Pero ¿ya has ido a la academia?

—Fui el mejor de mi promoción.

La inspectora sabía que eso solía ser una mala referencia. Los empollones nunca eran buenos policías.

—¿Cuántos años tienes?

—29. ¿Por qué lo preguntas?

Aquel cuerpo delgaducho, de aspecto infantil apenas aparentaba unos veinte.

Peral se pasó por su mesa y los llamó a los dos a su despacho.

—Creo que ya se conocen los dos. Shawn Montemayor es tu nuevo compañero. Ha tenido una carrera meteórica, hace unos meses atrapó una red de pedofilia en internet y es el inspector más efectivo según los parámetros del cuerpo.

—Felicidades —le dijo Adela sin mucho entusiasmo. Había pasado de su viejo y difunto compañero Alfredo Cañete a un crío con el pelo pintado, que todavía no se afeitaba y con una perenne sonrisa.

—Tenéis un caso muy importante, una ciudadana alemana ha aparecido muerta en un hotel de lujo de Madrid. Al principio la policía pensó que se trataba de un suicidio, pero la forense Amalia Flores piensa lo contrario. Id a verla de inmediato. ¿Entendido?

—¿Qué tiene de especial la muerta para que la investiguemos nosotros?

El comisario miró a Adela con el ceño fruncido.

—Es la antigua amante del rey emérito.

Los dos policías se miraron sorprendidos.

—Clarise Schneider —dijo Adela sin poder disimular su sorpresa. Según la prensa sensacionalista se había hecho amante del anterior monarca en 2004, pero todo había estallado tras el viaje de ambos a Botswana en 2012. Desde entonces el rey emérito no había vivido un solo día de tranquilidad. Tras su renuncia en 2014, los escándalos no cesaron y en el año 2020 decidió salir de España para refugiarse en un país árabe para evitar ser juzgado por sus engaños a la Hacienda española. Todos los gobiernos habían tapado sus trapos sucios, pero al final la verdad salió a la luz.

—¿Por qué nosotros? —preguntó Shawn.

—Son órdenes directas del ministro, estamos a unos meses de las elecciones y no quiere que le salpique más mierda. Suficiente tiene con la polémica suscitada por las nuevas leyes y el adelanto en la liberación de casi cuatrocientos violadores.

Adela odiaba que los políticos usaran las instituciones para lavar sus

trapos sucios.

Los dos tomaron sus abrigos y se dirigieron al coche, tenían que llegar al Instituto Anatómico Forense de inmediato.

3. Autopsia

Amalia Flores se sentía, en su sala de autopsia, como una verdadera reina. Allí nadie podía molestarla, respiraba una paz que era muy difícil encontrar en su casa con sus seis hijos y un esposo que pasaba la mayor parte del tiempo trabajando. Los mayores ya ayudaban, pero en cuanto ella llegaba a casa todos reclamaban su atención. Los universitarios querían contarle su día; los adolescentes sus problemas; los pequeños simplemente le gritaban para llamar su atención. Amaba a su familia, pero nada era más relajante que ese reino de los muertos en el que se pasaba todas las mañanas.

Escuchó que alguien llamaba a la puerta y salió de su trance. Cuando vio el rostro de Adela no pudo evitar esbozar una sonrisa. Le caía bien la inspectora, parecía estar siempre dispuesta a escuchar, un don cada vez más escaso entre la gente. Después vio a aquel chico tan joven y se preguntó quién era.

—¿Se puede? Nos ha mandado el comisario por el caso de Clarise…

—Ya, pasad, me estaba tomando un café antes de ponerme en marcha de nuevo. Esta noche tuve a las gemelas con fiebre y apenas he pegado ojo.

—Lo siento.

—Son gajes del oficio —bromeó la forense, después dio un último trago al café y se dirigió a una cámara mortuoria, sacó el cadáver y lo colocó en la camilla.

El cuerpo de Clarise, a pesar de llevar varias horas muerta, era el de una diosa griega. A pesar de sus casi sesenta años era una mujer hermosa, tenía el cuerpo en forma y, a excepción de algunas patas de gallo, su piel se mostraba tersa y sedosa.

—No me extraña que el rey perdiera la cabeza —dijo la forense.

El nuevo inspector frunció los labios.

—No me gusta que se cosifique a las mujeres.

Amalia Flores a sus cuarenta y dos años era una mujer demasiado segura de sí misma como para dejarse intimidar por aquel crío de la generación Z.

—Mira, solo soy una pobre mujer blanca heterosexual, pero digo lo que me sale del coño. ¿Te has enterado, bonito?

El inspector se ruborizó y se limitó a tomar notas con su teléfono móvil.

—Es mi nuevo compañero Shawn.

—Encantada, Shawn.

El chico se limitó a levantar la cabeza, pero no hizo ningún amago de darle la mano o dos besos.

La forense hizo caso omiso, aquel crío parecía tener casi la edad de su hijo mayor.

—Clarise murió de una sobredosis de barbitúricos, estaba alojada en una suite en el centro de la ciudad. Cuando la hallaron llevaba puesto el albornoz y se encontraba desnuda, sin ropa interior. En un examen preliminar, el forense que permitió el levantamiento del cadáver dictaminó suicidio, pero para mí hay varias cosas que no me encajan. Lo primero es que la mayoría de los suicidas no actúan como ella. Había llegado a Madrid unas horas antes, tenía una alta concentración de alcohol en sangre y restos de semen en la vagina. Tuvo algún tipo de relación sexual antes de su muerte.

—Eso no es tan extraño —comentó la inspectora.

—Es cierto, pero vi esto.

La mujer tenía un minúsculo pinchazo en el cuello.

—¿Le metieron los barbitúricos después de dormirla? —preguntó el joven inspector.

—Eso parece. Además, tenía dos moratones leves en las muñecas, como si la hubieran agarrado fuertemente.

—Entiendo.

—Ahora tengo que analizar el semen, con el ADN podremos descubrir con quién mantuvo relaciones por última vez.

—Cuando tengas los resultados nos avisas.

—Ok —contestó la forense.

Los dos inspectores salieron de la sala y caminaron por el oscuro pasillo.

—¿Crees que se trata de un asesinato?

Adela miró a su compañero.

—Bueno, los inspectores no debemos movernos por creencias.

—Eso es cierto, pero hay algo que me preocupa. Algo muy fuerte.

Adela le miró extrañada.

—¿Qué quieres decir?

—¿Sabes quién se encuentra en Madrid desde hace unos días?

—No me gusta jugar a las adivinanzas, Shawn.

—No lo estoy haciendo, pero mira esto.

Le enseñó la pantalla de su teléfono y la mujer se quedó sin palabras.

—¡No jodas!

—Sí, el rey emérito está en la ciudad.

Aquello cambiaba las cosas de forma radical. Si el antiguo monarca había visto a Clarise las cosas podían ponerse muy feas. Estaban ante el escándalo más grande de la democracia después de la propia

dimisión del rey.

—Tenemos que ir al hotel de inmediato —dijo Adela mientras notaba que su teléfono vibraba. Miró la pantalla y vio que era el número de su tío Cosme, lo que solo podía significar dos cosas: le pasaba algo a su madre o su tío quería meterla de nuevo en uno de esos casos del barrio que solían ponerla al límite. Fuera lo que fuese, lo último que le apetecía era meterse en dos casos a la vez en medio de un posible escándalo político sin precedentes.

4. Hijos de Satanás

Las cosas para Cosme no podían estar peor. Además de que peligraba su puesto como pastor en su iglesia de Pan Bendito, por un lado, debido a una rebelión de un grupo de diáconos que quería deponerlo después de enterarse de que había estado involucrado en varios altercados criminales en los últimos meses, por el otro, por cómo estaban las finanzas de la iglesia. Las congregaciones de la iglesia Filadelfia nunca habían sido muy ricas, pero la inflación estaba hundiendo la economía de familias que vivían de la venta en mercadillos y de las ayudas sociales. Era cierto que una nueva generación de gitanos preparados comenzaba a despuntar, pero la mayoría de ellos abandonaban la iglesia y no donaban en el cepillo de los domingos. Aunque, en el fondo aquel era el menor de los problemas del pastor. A sus sesenta y cuatro años estaba a punto de jubilarse, no es que tuviera prisa en hacerlo, pero comenzaba a sentirse muy cansado. Un pastor evangélico era una cosa intermedia entre un cura de almas y un “manitas”, ya que tenía que arreglar todos los asuntos de la iglesia, incluso cambiar las bombillas si estas se fundían. Le preocupaba su gente, que cada día era más pobre, mientras veían cómo se alejaba la promesa de que algún día dejarían de ser un pueblo marginado y excluido.

Aquella mañana cuando llegó Marcial y le contó lo que había sucedido en el piso de la Toñi se quedó sin palabras.

—¡No puede ser! —exclamó nervioso.

—Sí, menos mal que ella y los niños estaban en el Mercadona, pero no les ha quedado nada.

Cosme acompañó al hombre hasta el edificio de protección oficial de doce plantas que se encontraba a pocos metros. El olor a plástico quemado y el humo daban señal de la magnitud del incendio. Ya habían llegado los bomberos y el SAMUR, afortunadamente no había víctimas ni heridos graves. En cuanto la Toñi le vio corrió hasta él.

—Pastor, que nos han quemado la casa —dijo entre lágrimas. La

mujer y sus cuatro hijos vivían en un piso de poco más de cincuenta metros cuadrados; su marido estaba en la cárcel por un asunto de drogas y las ayudas sociales apenas le daban para sobrevivir. El ingreso mínimo vital había servido en realidad para perpetuar su miseria y renunciar a salir alguna vez de aquella marginación en la que estaban instalados.

—¿Cómo ha sido? —preguntó Cosme mientras cargaba a la niña más pequeña, Martina.

—La niña lo vio todo, estaba jugando en el descansillo con la pelota.

En cuanto Cosme la miró esta se escondió entre sus brazos.

—Martina, ¿quién hizo el fuego?

La niña se negaba a contestar.

—Está muy nerviosa —dijo otra de las hermanas.

El sonido de las ambulancias, las mangueras a presión lanzando agua desde las largas escalas y las luces de colores que teñían aquel día algo gris parecían amedrentar a la pequeña.

—Yo también he visto todo —dijo Lucas, otro de los niños que vivía en el inmueble, además asistía a su iglesia, cantaba como los ángeles, aunque era un verdadero diablillo.

—¿Qué has visto?

—Unos chicos llevaban la cara tapada y vestían como cayetanos.

Aquel era el término que se había puesto de moda para llamar a los niños ricos y de clase acomodada.

En ese momento apareció un policía que patrullaba por el barrio, tocó el pelo de la niña y después llamó a Cosme aparte.

—Mira, las cosas pueden ponerse un poco feas en el barrio si la gente se entera. El fuego ha sido provocado por unos neonazis, no es el primero, llevamos tres en una semana. Siempre en pisos ocupados y con gente emigrante, especialmente marroquí, pero esta vez os ha tocado a vosotros.

—¿Esto estaba organizado? Podían haber matado a los niños —dijo señalando a los críos de Toñi.

—Lo sé, pero hay que llevarlo con discreción, desde lo de Algeciras la extrema derecha está azuzando a sus cachorros y las redes sociales, no hace falta mucho para que se avive otra vez la violencia y la xenofobia en las calles.

Cosme se encogió de hombros, estaba cansado de que ciertas noticias no salieran en la televisión si no interesaba a la clase política.

—Pues estamos apañados entre las cagadas de la izquierda soltando a violadores y la derecha mandando a sus SS a pegar palizas a familias inocentes.

—Cosme, si te digo la verdad, me alegro de jubilarme. En unas semanas me voy a vivir a Menorca, logré comprar un apartamento antes de que los precios se disparasen, Madrid es una olla hirviendo,

pero también Bilbao y Barcelona. Más pobreza, tensión y jóvenes que se dedican a vagar por las calles, no me dais ninguna envidia los que os quedáis en el barrio. Pan Bendito está a punto de estallar, no creo que las cosas estuvieran tan mal desde los años ochenta y tú te acuerdas muy bien de cómo fue esa época.

Vaya si se acordaba, él y su hermano habían estado en la droga, con la maldita heroína, antes de hacerse cristianos.

—Pues tendremos que mostrar a los políticos que las cosas tienen que cambiar. Voy a llamar a los presidentes de todas las asociaciones del barrio.

—Que tengas suerte, de veras que te la deseo —dijo el policía mientras se dirigía a su coche y se alejaba de aquel caos de humo, fuego, sirenas y luces intermitentes.

Adela sabía que aquel caso olía a pura mierda, a huevo podrido. La amante del rey emérito muerta en un hotel de lujo de la capital, un presunto suicidio y toda la prensa mundial queriendo cubrir el caso en cuanto se enteraran de lo sucedido. Ministros metiendo las narices, la oposición pidiendo cabezas y todo a pocas semanas de las elecciones más crispadas y reñidas de los últimos treinta años.

—¿Qué piensas?

—Que nos han metido en esto por algo —dijo la inspectora.

—Para averiguar lo que ha pasado.

La gitana hizo una mueca.

—¿A una gitana y un pardillo que termina de salir de la academia? Estos no quieren que descubramos lo sucedido, lo que esperan es que metamos la pata y liarla parda.

—No lo entiendo.

La inspectora se paró en seco, estaban casi en la puerta del lujoso hotel.

—El gobierno quiere usar el caso en su beneficio.

—Pero si la mierda le salpica directamente.

—El presidente es un superviviente, ha logrado escapar a varias mociones de censura, a la expulsión de su partido, a sus aliados de gobierno y casi sin despeinarse. Dice que ha pasado a la historia por desenterrar a Franco y llevárselo a un cementerio del Pardo. Es un narcisista de libro.

—Sigo sin entender.

—Veo que hay cosas que siguen sin enseñarse en la academia. Pase lo que pase, sea un crimen o un suicidio, esto puede ser la tumba de la monarquía. No es que me dé mucha pena, esos Borbones son todos unos…

La mujer se contuvo justo cuando cruzaban el umbral del impresionante vestíbulo. Aquel era el tipo de sitios en el que se sentía verdaderamente incómoda. Como si todo el mundo la mirara y en parte no le faltaba razón. De las pocas gitanas que habían entrado allí Lola Flores, la Faraona, sería una de ellas, pero ya había llovido mucho desde entonces y ella no era precisamente un icono de la música española.

Adela sacó la placa y la puso sobre el mostrador de mármol.

—Inspectora Palacios, queremos hablar con el director.

La joven recepcionista, que parecía más una modelo de Milán, la miró con el ceño fruncido.

—¿Está sorda? ¿Quiere que llame a la prensa y le diga lo que ha pasado esta mañana temprano en el hotel?

La recepcionista tomó el teléfono y llamó, unos minutos más tarde un tipo tildado, con traje gris de buen corte y un bigotillo ridículo se dirigió a ellos. Parecía mirarlos con cierto desdén, pero en ningún momento hizo un ademán de desprecio, sabía que no le convenía.

—¿Quieren ver la habitación? Es una de las mejores del hotel, espero que no tarden mucho en examinarla, está previsto que en un par de días la ocupe un jeque de Qatar.

Subieron por un ascensor privado, llegaron hasta la suite y entraron. Aún estaban allí las maletas de Chanel de la difunta. Adela se preguntó para qué servía tener tanto dinero y aquella obsesión con el poder. Ya no podría llevarse a la tumba las decenas de millones de euros que le había dado el rey emérito.

—¿Quieren que haga venir a la camarera que la encontró esta mañana?

Shawn afirmó con la cabeza, hasta ese momento se había limitado a seguir los pasos de la inspectora. Cuando se quedaron solos, Adela recorrió toda la habitación.

—¡Qué bien vivía Clarise! —dijo el hombre.

—No estamos aquí para eso.

La mujer miró los armarios, el baño, la terraza y después examinó la cama.

—Aquí debe haber muchos restos de ADN si se acostó con alguien. Es increíble los restos que dejamos por todas partes sin darnos cuenta.

Miró las sábanas de hilo egipcio; después las mesitas, había un vaso de agua a medio beber, una pequeña agenda del hotel. La mujer la abrió, tenía una hoja arrancada.

—Parece que apuntó algo.

Adela sacó un lapicero y con cuidado frotó la página, apareció un nombre y un número de móvil.

—Michael. ¿Quién coño será?

En ese momento llegó la camarera de piso, era muy guapa y joven,

con el pelo largo y negro.

—Hola, me llamo Jazmín —dijo algo nerviosa—. Creo que quieren hablar conmigo.

Le temblaba un poco la voz, sus ojos negros no dejaban de mirar alternativamente a la cama y a la inspectora.

—¿Cómo la encontró?

—La señora había dado la orden de que le trajeran el desayuno temprano a la habitación. Llamé pero nadie me contestó, abrí y escuché la ducha, pensé que estaba en el baño y me dirigí a esa mesa. Cuando iba a irme oí algo, como un gemido. Me acerqué a la cama y la vi tendida, con el albornoz medio abierto y desnuda debajo.

—¿Se encontraba aún viva?

—Sí, pero apenas respiraba. Soy médico, llevo un año en España. Nací en Venezuela, y mis abuelitos eran españoles. Estudié en Caracas, pero tuve que irme del país, estuve en Colombia y Chile, los malditos bolivarianos están acabando con todo. No sabía que gobernaran también aquí.

—¿Por eso sabía que estaba viva?

—Tenía pulso y una ligera respiración. Traté de reanimarla, pero fue inútil, llamamos al 112, el médico solo pudo certificar su muerte.

—¿Le parecía que se había suicidado?

—No lo sé, pero me extraña que fuera a darse una ducha y, mientras se calentaba el agua, decidiera suicidarse —comentó la camarera.

—¿Vio algo extraño?

—Bueno, nosotros subimos por ascensores diferentes, pero vi a una mujer muy bien vestida montar en uno al final del pasillo. Me dio la impresión de que salía de esta habitación o de la de al lado.

—¿Cómo era?

—Como Clarise…

—¿Sabe quién era la difunta? —preguntó el chico.

Aquello no pintaba bien. Muchos miembros del personal eran los primeros en avisar a la prensa sobre noticias escabrosas para sacar algún beneficio y aquella era una de las más importantes que había sucedido en mucho tiempo.

—Bueno, sí. La he visto muchas veces en la televisión.

—Entiendo —dijo Adela—. Una última pregunta.

La joven parecía algo más atemorizada.

—¿Sabe si tuvo compañía la señora?

—No, pero eso se vería en las cámaras que hay en todas las zonas comunes del hotel.

Adela hizo algunas fotos y después los dos inspectores se dirigieron de nuevo a la planta baja para exigir que les enseñasen las imágenes. Tenían que ver quién era aquella mujer misteriosa y si alguien había

entrado en la habitación antes de la muerte de la famosa amante del rey.

5. Monarca

El rey seguía teniendo sus contactos en el Cesid y en la policía -de alguna manera lo había controlado todos aquellos años. Desde el principio había renunciado a todos los poderes fácticos menos a ese. Sabía que en el mundo en el que le había tocado vivir, tan distinto al de Franco, el poder podía ejercerse en la sombra. Las decisiones políticas, desde la constitución europea, se tomaban en Bruselas; las económicas, en parte, también o las decidían cuarenta poderosos empresarios del país, que era su corte particular que, por cierto, le había colmado de regalos y con los que había conseguido pingües beneficios. El parlamento y la presidencia eran meras comparsas de poderes mucho más altos.

El director del antiguo Cesid, que ahora se llamaba CNI, llamó por una línea privada al exmonarca y este contestó enseguida.

—¡Joder Paquito, cuánto tiempo! No hablábamos desde hace un año. Espero que tu señora y tus hijos se encuentren bien.

—Sí, Majestad, se encuentran todos bien gracias a Dios.

—Me alegro porque en estos tiempos que corren las cosas se han puesto muy feas. Y decían que los progres de los setenta eran peligrosos. ¡Joder! Para peligrosos estos de ahora.

El Rey Emérito se rio con aquella expresión bobalicona tan Borbónica, pero al oír que el director estaba serio se preocupó.

—¿Qué coño ha pasado ahora? Parece que me han echado mal de ojo.

—Lo lamento, Majestad, pero Clarise Schneider ha muerto.

El rey carraspeó, aquella mujer no había sido su única amante, pero sí había sido la última oficial y por la que había estado dispuesto a dejar el trono. Todo el mundo se creía con el derecho a juzgarlo, pero vivir toda la vida con una persona que no se ama, con la “húngara” como la llamaba él, no era sencillo.

—Joder, Paco. Me has dejado sin palabras. ¿Cómo ha sido?

—No lo sabemos todavía, pero creemos que…

—¡Termina!

—Ha sido asesinada. Tememos por su vida, le he enviado una escolta especial, llegará en cualquier momento.

—Yo estoy en el Pardo, ya sabes que mi hijo no me quiere muy cerca. Ha salido a su madre, sosito y formal. ¿Desde cuándo los Borbones hemos sido normales? A veces dudo que sea mío.

En cuanto el rey emérito colgó el teléfono, sintió un nudo en la garganta y se echó a llorar. Aquella mujer había sido el amor de su vida. La había conocido en una finca llamada “La Garganta” en la provincia de Ciudad Real, parecía que el destino quería unirlos. La finca era la más grande de España, había pertenecido a la industria minera de “Río Tinto” y después a su primo el duque de Múnich. Era un coto de caza muy importante en España, donde cazaba lo mejor de la nobleza y los millonarios de Europa.

Aquel lugar era mágico, hasta tenía su pueblo abandonado a pocos kilómetros.

El rey emérito se puso un poco de whisky y se dirigió hasta el ventanal.

Habían pasado casi veinte años desde la primera vez que la vio. Estaba casada todavía con aquel alemán de culo estrecho, pero un año más tarde lo dejó. Allí coquetearon, siempre había sido consciente del embrujo que tenía sobre las mujeres, a pesar de que ella tenía veintinueve años y él ya tenía sesenta y cinco años.

El rey sonrió, en aquella época estaba hecho todavía un toro, tenía cinco amantes a la vez y cuando comenzó a salir con ella dejó a dos, pero mantuvo una relación a tres sin contar a su esposa.

Pero Clarise había sido mucho más que una bella mujer y una excelente amante. Siempre había logrado sacar de él su mejor parte, por una vez ser él mismo. Desde que llegó a España con diez años, dejando atrás a sus padres, siempre había estado solo y había tenido la sensación de que representaba un papel. Con ella era él mismo.

Recordó la primera audiencia en el Pardo con Franco, casi se mea en los pantalones, todavía era un militar que imponía, no tanto por su porte o su voz, que era aflautada, pero sí por su mirada fría y su astucia. Desde aquel momento supo que ya no podría ser él mismo, su padre le dejó de hablar y vivió como un marginado y despreciado por la mayoría. Ella le había hecho sentirse de nuevo joven, siendo él mismo. Ahora estaba muerta.

6. Ministro

Las cosas estaban muy crispadas. A medida que se aproximaba la fecha de las elecciones los miembros del gobierno parecían más tensos. Casi todos habían cometido infinidad de cagadas, pero el presidente se había negado a echar a ningún miembro del gobierno en los cuatro años, a excepción del de Cultura, al que habían pillado los inspectores de Hacienda sin declarar su patrimonio. El presidente quería mostrar fortaleza, pero además no quería presentarse como un

político débil en el primer gobierno en coalición en la historia de la democracia.

—Presidente, ¿puedo entrar?

—Claro Manrique, en un rato salgo para Santiago, la precampaña está siendo agotadora. Ya he mandado a todos los ministros que gasten hasta el último cartucho. Tenemos que ganar, ojalá nos quitemos de en medio a esos perroflautas.

Manrique sabía que se refería a los miembros de extrema izquierda del gobierno.

—No creo que el gallego ese gane, tiene menos sangre que…

El presidente se rio ante la gracia del ministro, pero no le sobraba el tiempo. Tenía muchos frentes abiertos, desde la ley de violencia sexual que había sido una cagada, pasando por la de protección animal, que sus socios querían aprobar, aunque ya quedaba muy poco de legislatura, por no hablar de la crisis energética producida por la guerra, la tensión con Marruecos y, por si esto fuera poco, una moción de censura que se podía oler en el ambiente. Sabía que los de extrema derecha no podían ganar, pero sentía que el ruido hacía olvidar a la gente todos sus logros, la mejora de derechos y salarios.

—¿Qué ha pasado tan gordo para que venga el mismo ministro?

El presidente había llegado a considerar que era gafe, había tenido el mandato con más desgracias y problemas de la historia del siglo XXI.

—Han encontrado el cuerpo de Clarise Schneider.

—La amante del "comisionista". ¿Dónde ha pasado?

—En Madrid, esta mañana, he mandado a dos inspectores para investigar, creemos que se trata de un suicidio, pero no hay que descartar nada todavía.

Los ojos del presidente se iluminaron y esbozó una sonrisa.

—Parece que no te preocupa demasiado.

—No lo ves, esto es una oportunidad. Siempre que hay una crisis se nos abren las puertas para cambiar las cosas.

El ministro prefería no pensar en qué nueva idea se le había pasado por la cabeza al presidente, pero era consciente de que era muy capaz de arrimar el ascua a su sardina y obtener un buen rédito político.

—¿Qué saben los del CNI? Ya me aconsejó mi antiguo vicepresidente que cambiara al director y no le hice caso. Ese pequeño Trotski era el único que me infundía respeto de nuestros socios, pero al final se cansó del poder. No todos están preparados. Llama al comisario Villatoro y organiza una reunión con él en un sitio discreto, debemos adelantarnos al CNI y a todos los amigos que aún le quedan al viejo rey en España.

Manrique salió del despacho con una mezcla de intriga y temor. Si algo le había enseñado la historia y su experiencia como fiscal era que

al final todos los secretos salían a la luz tarde o temprano. No quería acabar en la cárcel dentro de diez años ni con un tiro en la nuca. La trastienda del poder en ocasiones le daba escalofríos. Llamó con su teléfono de seguridad al comisario y cruzó los dedos para que la mierda no le salpicara demasiado.

7. Las cintas

El director volvió a recibirlos, pero cuando le pidieron las cintas de grabación les comentó que ya se las habían llevado dos agentes de CNI. Adela y su compañero salieron tarifando del hotel de lujo, ya habían confirmado que alguien no quería que se supiera la verdad.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Tomar un café —dijo la inspectora y se dirigieron a una cafetería cercana.

Adela pidió un té rojo y Shawn un café con leche de soja.

—Hay una periodista que sabe mucho del rey emérito, necesitamos saber mucho más de su amante.

—¿Cómo se llama?

—Almudena Cortés. Ya es muy mayor, pero sigue escribiendo libros sobre el antiguo rey y su esposa.

—¿Conoces a alguien que nos dé su contacto?

—Mi tío Cosme es una persona muy peculiar y tiene muchos contactos. Al parecer se conocieron en una recepción con el rey emérito, él representaba a las iglesias Filadelfia.

—¿Es uno de esos pastores retrógrados evangélicos?

Adela frunció el ceño, no se consideraba una mujer creyente, pero algunas de las mejores cosas que conocía las había aprendido en una iglesia, algunas de las peores también, todo sea dicho de paso.

La mujer mandó un mensaje a su tío y este le contestó con un audio.

“Ahora mismo estoy liado, pero te paso el contacto. Al parecer unos neonazis están quemando pisos ocupados por emigrantes y ahora le ha tocado a una familia de la iglesia. Creo que vamos a necesitar tu ayuda”.

Su compañero la miró con cierta sorpresa.

—¿A qué se refiere?

—Son cosas de familia, pero cuéntame un poco de ti, niño prodigio, carrera meteórica y pelo de colores. ¿Qué pasa por esa cabecita?

—No sé si alguien de tu edad…

—Me cago en todo, que tengo poco más de treinta. Tampoco son tantos años de diferencia.

El joven sonrió.

—Las cosas cambian ahora muy deprisa, no es como antes.

Adela torció el labio.

—Cuando yo nací los ordenadores eran como cajas gigantes, los teléfonos tenían un cordón que los unía a la pared, el WhatsApp era el patio interior de la casa y había cinco canales de televisión, supera eso. ¿Durante tu vida qué ha sucedido, que el iPhone 5 sucedió al 4?

—Vamos por el 14.

La inspectora se echó a reír.

El joven dio otro trago al café.

—Soy de Salamanca, mis padres nacieron allí y todos mis antepasados, posiblemente es la ciudad más moderna de todo Castilla y León, pero eso no le quita que esté algo anclada en el pasado. Ya sabes, universidad milenaria, pasado franquista, gente que sigue dando más importancia a cómo vistes o quién es tu familia que a tu talento, todo eso me asfixiaba y me fui a estudiar criminología a Barcelona. Aquel era otro mundo. Después me di cuenta de que si no pasaba por la academia de policía no me servía de nada la carrera. Los policías siempre me han parecido unos catetos, unos cavernícolas. Cuando logré ingresar en la academia de Ávila me di cuenta de que tenía razón, únicamente los GEO son aún más burros. Logré pasar las pruebas físicas de milagro, pero en las otras fui el mejor de la promoción. Varios profesores me tenían manía, sabía más que ellos. Los de las pruebas físicas intentaron machacarme, pero lo que no sabían era que no me asustaba el dolor. Soy hijo de divorciados del opus, eso sí que es una cosa rara y tortuosa.

—Entiendo, mi padre era pastor.

—Bueno, la cosa es que me mandaron a un destino de mierda, creían que nunca sería uno de ellos y en eso tenían razón, creo que el mundo del siglo XXI necesita otro tipo de policía, más sensible a un mundo cambiante, donde también están cambiando los tipos de delitos.

Adela asintió con la cabeza.

—Tuve que resolver varias agresiones machistas, logré atrapar a varios asesinos, pero mi caso estrella fue el de la niña asesinada por sus padres adoptivos, tuvo mucha repercusión mediática, el mismo superior que me daba por culo me recomendó para vuestra brigada. Ahora me toca demostrar de nuevo que el color del pelo es lo de menos.

La inspectora se sintió muy identificada, ella había sido discriminada por su condición de gitana.

—Siento haber estado algo borde esta mañana, pero llevo una mala racha.

—Sé lo de tu compañero y lo de tu hermana, debe haber sido muy duro.

—Bueno, es mejor no mirar atrás.

Adela era muy reservada con sus cosas y, a pesar de que su compañero se había abierto mucho, ella prefería guardarse ciertas cosas. Siempre que se abría a alguien acababa muerto.

En cuanto recibieron el mensaje con el contacto, la inspectora llamó a la periodista. Esta se mostró muy amable y les dijo que se pasaran por su piso de la calle Serrano.

Los dos agentes llegaron en quince minutos a la puerta del edificio, el portero avisó a la mujer y enseguida se encontraron frente a su puerta.

Les abrió una sirvienta vestida con uniforme, era filipina y hablaba muy mal el español. Cruzaron un largo pasillo y llegaron a una biblioteca con muebles oscuros y una gran mesa de caoba con un inmenso Mac.

—Buenas tardes, ¿quieren tomar algo? Es mi hora de la merienda, sé que no me convienen, pero me tomo unos churros con chocolate que están para chuparse los dedos.

Shawn negó con la cabeza, nunca tomaba cosas con grasa ni leche, era un vegano convencido.

—Yo sí tomaré el chocolate.

Adela sabía que aquel líquido elemento tenía triptófano y feniletilamina, uno fomentaba el apetito sexual y el otro la sensación de felicidad. Lo había escuchado en Tik Tok, que servía para algo más que ver chicos guapos y escuchar todo tipo de teorías conspiratorias. Sobre todo, a un nutricionista cubano llamado Frak Suárez.

—Creo que conocí a tu tío en la Zarzuela, ¡qué tiempo! El rey emérito al menos disimulaba su hipersexualidad y aunque muchos conocíamos sus trapicheos con los países árabes, pensábamos que aquellos negocios favorecían a España. Nunca imaginé que cayera tan bajo.

La sirvienta trajo la bandeja con el chocolate con churros, la colocó en la mesa y la periodista comenzó a merendar. La inspectora comprobó que los churros y el chocolate estaban deliciosos.

—El rey emérito ha sido un Borbón de casta y tronío, como se suele decir. Siempre le ha gustado el dinero y las mujeres, su familia lo pasó mal en el exilio. Él nació en Italia, pero pronto se trasladaron a Portugal, la familia vivía de la generosidad de algunos empresarios y nobles. Por eso siempre estuvo obsesionado con amasar dinero y tener cuentas en el extranjero, para que su familia no pasara por lo mismo. La reina emérita tres cuartas de lo mismo: sus padres perdieron el trono tras la Segunda Guerra Mundial. Entre sus amantes más notorias había periodistas, actrices, alguna noble, aunque le gustaba casi todo lo que tuviera faldas. La relación más intensa fue con una periodista que se llamaba Julia Villa, con ella pasó mucho tiempo y siempre

fueron amigos; ella sabía que él tenía otras amantes, nunca pretendió ser nada más que una amiga y compañera sexual. Otra famosa fue una mallorquina, Marcela Gayo, una asidua de las regatas y de su círculo en Baleares. No sé cómo la reina aguantó tanto. La más polémica fue la actriz Beatriz Príncipe, esa grabó conversaciones y otras cosas del rey y lo chantajeó.

—Una buena colección —dijo Adela después de limpiarse la boca.

—Sí, pero llegó la alemana y las cosas se torcieron.

—¿Por qué cree que fue? —preguntó el hombre, que había estado serio todo el rato.

—Bueno, creo que el problema fue que mezcló el dinero y el placer.

—Entiendo.

—Clarise era una mujer muy ambiciosa. Sus padres eran de clase media, pero supo codearse con la nobleza y ascendió con cada matrimonio. Lo único que le quedaba era conquistar a un rey. Este estuvo a punto de dejarlo todo por ella.

Adela no dejaba de tomar notas.

—¿A quién le podría interesar que Clarise desapareciese?

La periodista los miró con cierta curiosidad.

—¿Qué le ha pasado a la alemana?

Adela no sabía mentir, pero intentó seguir adelante con sus preguntas como si no hubiera escuchado nada.

—¿Quién se beneficiaría de su muerte?

La mujer se lo pensó antes de contestar.

—El rey emérito, naturalmente.

—¿Le ve capaz? —preguntó Shawn.

—Ya no hay nada que haga el ser humano que me sorprenda. Se lo aseguro. No sería la primera vez que alguien a su servicio intenta matar a una chantajista.

Los dos inspectores se miraron sorprendidos. Aquella mujer de ojos vivos y aspecto frágil estaba apuntando al aparato mismo del Estado y al hombre más importante del país.

8. La Conchinchina

Celi se sentía muy deprimida, no lograba levantar cabeza, su hija parecía distante y Cosme parecía demasiado ocupado últimamente. Llamó a su hija, pero no tuvo respuesta. Jamás se había sentido de aquella manera. Parecía que ya nada le importaba, el mundo era oscuro y gris. Ni su fe, que le había ayudado a superar la muerte de su marido, ahora la consolaba. La medicación hacía su parte, pero no lograba solucionar el problema de base. La cosa más dura del mundo

era perder a una hija, y más de una forma violenta. Asesinada por su novio.

Escuchó la puerta, era su vecina la Patro, le llevaba comida y se portaba muy bien con ella, pero no podía estar con nadie. Sentía ganas de llorar todo el rato y le faltaba la respiración.

—Celi, ábreme, te traigo un cocidito madrileño para chuparse los dedos.

—Ahora no me encuentro de humor, luego voy a tu casa —le contestó desde el otro lado de la puerta.

—¿Estás bien?

—Como el día, nublado.

—No te molesto más, pásate luego y jugamos a las cartas un rato.

—Gracias, lo haré.

La mujer se sentó de nuevo en el sillón frente a la tele, ya ni los programas de Tele5 le hacían gracia, la vida carecía de sentido.

Se puso de nuevo en pie y salió al balcón, hacía mucho frío, el invierno había tardado en llegar, pero ahora parecía que había venido con fuerza. Miró a lo lejos las montañas nevadas y la hermosura de la creación, pero eso no la animó demasiado. En cuanto bajaba la vista podía contemplar las calles sucias, los coches robados calcinados, a los niños jugando entre basura y los jóvenes desperdiciando sus vidas con la droga y con esa música horrorosa que se escuchaba ahora.

Celi miró al vacío, parecía que este la llamaba insistentemente. Se quitó las zapatillas y dejó la mente en blanco, pero en ese momento sonó el teléfono y dudó. No quería seguir sufriendo ni molestando a nadie, pero no podía evitar contestar a una llamada. Le preocupaba mucho Adela, sobre todo por su profesión. Cerró la puerta y se ató la bata antes de contestar. Era su cuñado.

—¿Qué pasa?

—Estoy en una reunión, pero después me paso a comer, llegará antes la Toñi y los niños, le han quemado la casa unos payos mal nacidos.

—Pero…, no tengo nada.

—Para eso te llamo, para que cocines algo, ya sabes que son de paladar fácil. Unas patatas y unos huevos fritos les sabrán deliciosos.

Cosme colgó el teléfono y ella se quedó al principio paralizada, cocinar se le hacía un mundo, pero enseguida se marchó a la cocina, se puso el mandil sobre su ropa negra y comenzó a trajinar, puso música y por un momento se olvidó de su tristeza. Había alejado a los fantasmas, pero sabía que continuaban escondidos por aquella casa solitaria en la que ya no reían sus niñas ni su esposo bromeaba antes de la cena. Ahora era todo silencio, los echaba de menos. Ya ni siquiera confiaba en convertirse en abuela, Adela era muy particular con los hombres y ella también había perdido a alguien importante.

Lo peor de la muerte era la soledad y el profundo vacío que dejaba en el alma. La mujer dio un largo suspiro y comenzó a pelar patatas como una loca. Los niños de la Toñi comían como limas y no los iba a dejar a los pobres con hambre.

9. Individualismo

A Cosme le costó un imperio reunir a los cinco líderes de las asociaciones de vecinos más importantes del barrio. Durante décadas habían conseguido dotar a sus barrios de servicios y mejoras que nunca pensaron que llegarían a ver. Las cosas habían cambiado mucho, ahora la gente prefería meterse en lo suyo y no quería problemas.

—Gracias a todos por venir —dijo el pastor. Los cinco presidentes de las asociaciones estaban en la capilla, sentados en la primera fila, pero bastante separados unos de otros.

—¿Qué sucede? ¿Por qué nos has convocado?

—Bueno, me imagino que estáis al tanto de que están quemando pisos en el barrio con la gente dentro.

Los cinco hombres no hicieron ni un gesto.

—Hoy ha sido una familia gitana, hace unos días unos marroquíes y la semana pasada una familia senegalesa.

—Bueno, algo había oído —dijo Jacinto, el más veterano de los presidentes. Durante los años noventa y principios del 2000, su asociación había luchado por conseguir más zonas deportivas y parques y había logrado todas sus reivindicaciones.

—No podemos dejar que pasen estas cosas en Pan Bendito —comentó Cosme.

—Las cosas han cambiado mucho —dijo Alfredo, otro de los históricos—, las cosas ya no son como antes. Cuando se construyó este barrio estaba compuesto por campesinos y obreros que venían de toda España, cada uno con sus costumbres, pero todos españoles. Ahora el barrio es una especie de Babel, la gente mayor tiene miedo de salir a la calle. Algunos menores magrebíes los asaltan cuando van al Mercadona.

—Este barrio siempre ha sido difícil, eso ya lo sabemos, pero hemos conseguido muchas cosas —dijo Cosme, intuyendo por donde iban los tiros.

El más joven de los presidentes se puso en pie.

—No me voy a andar con medias tintas. Lo que queremos decir es que esa gente sobra aquí. Únicamente dan problemas, hacen que nuestras viviendas no valgan nada, nos hacen sentir inseguros. Si los

molestan y se marchan, mejor.

—No seáis necios. ¿Pensáis que si la gente sabe que se queman casas en Pan Bendito vendrán corriendo a comprar? Puede que la casa de algún español termine también quemada. Entonces, ¿en ese caso sí haréis algo?

—Nos da pena la gente, pero debemos pensar en nuestros intereses —comentó Jacinto.

—También os molestábamos los gitanos y llevamos décadas viviendo en paz, la mayoría de los inmigrantes son gente honrada y trabajadora, lo único que quieren es vivir en paz.

—Pero estos son okupas —dijo el más joven.

—Hace casi veinte años que no se hacen viviendas de protección oficial, las últimas además las vendió la anterior alcaldesa a un fondo buitre. Normalmente ocupan viviendas de los bancos.

Alfredo se cruzó de brazos.

—¿Sabes quién gobierna en el ayuntamiento?

—Claro que lo sé, Alfredo.

—La extrema derecha está en todas partes, cada vez más gente del barrio los vota. Dentro de poco se harán con toda la gente. El gobierno no piensa en los más pobres, está en otra cosa.

—Entonces, ¿miramos para otro lado y dejamos que quemen pisos o maten a alguien? —preguntó Cosme furioso.

—No creo que llegue la sangre al río —comentó el más joven.

—¿Para qué sirven vuestras organizaciones entonces? ¿Para recibir subvenciones?

Alfredo se puso en pie.

—No te permito que nos hables así, tú sabes los sacrificios que hemos tenido que hacer por este barrio.

—Ya, ahora en lugar de seguir luchando queréis sacar rédito a vuestro trabajo —dijo Cosme.

—Dedícate a tus feligreses y deja de meterte en donde no te importa.

El pastor frunció el ceño, no creía lo que estaba oyendo.

—Esa gente nos está robando el trabajo y convierte nuestras calles en inseguras. Lo mejor es que se marchen y nos dejen en paz —comentó el más joven.

Alfredo se encogió de hombros, también Julián. Aquellos hombres que habían luchado por los desfavorecidos y la gente humilde que llegaba a Madrid sin nada, ahora no querían mover un dedo por las personas que habían perdido su hogar.

Todos se pusieron en pie y sin despedirse comenzaron a desfilar hacia la salida, el único que se detuvo fue Julián que le dijo:

—Esos cachorros de extrema derecha tienen un local en el barrio. Lo llaman Casa España. Allí reparten comida y otras cosas a familias

españolas. Es lo único en lo que puedo ayudarte.

Cosme se quedó a solas, se puso de rodillas y comenzó a orar; aquel parecía que era el único recurso que tenía para terminar con esos racistas peligrosos. Notó el teléfono vibrando en su pantalón, era su cuñada, tenía que ir a su casa y comer con la familia que se había quedado sin hogar. Después encontrarles un lugar en el que se pudieran quedar temporalmente y más tarde contactar con Adela para que le echase una mano, aunque tenía sus dudas, no quería poner en riesgo de nuevo la vida y la carrera de su sobrina.

10. CNI

La sede central del CNI se encontraba en la carretera de La Coruña, no muy lejos de la Moncloa y del palacio de la Zarzuela. El director no sabía a quién se le había ocurrido aquella idea, pero no era muy inteligente colocar al presidente de gobierno, el jefe del Estado y los servicios secretos tan cerca.

El director del CNI, Francisco Ayala, estaba detrás de los secretos de Estado de los últimos veinte años. Primero como adjunto al director, después como el jefe de "la casa". Una de sus misiones principales, además de luchar contra el terrorismo islámico, el poder de la extrema derecha y la extrema izquierda, los independentistas y los espías extranjeros, había sido proteger a la figura del rey.

Muchas veces había tenido que ocultar los amoríos del monarca, seguirlo cuando salía con su motocicleta por las noches sin escolta o custodiar sus niditos de amor. Cada amante del rey emérito había sido un quebradero de cabeza para los miembros del CNI. Habían tenido que censurar artículos y exclusivas en periódicos y revistas, sobornar a amantes fijas o esporádicas, evitar un par de atentados y limpiar la mierda que el viejo rey iba dejando por todas partes. Los negocios turbios de la monarquía eran casi más graves que los sentimentales. El jefe del Estado tenía inmunidad, pero ahora que había abdicado en su hijo podía caer sobre él todo el peso de la ley.

Francisco Ayala había recibido la noticia de la muerte de Clarise como un verdadero varapalo, desde que el rey emérito se había traslado a Oriente Medio las cosas estaban mucho más tranquilas. El nuevo rey era un pedazo de pan a su lado y las infantas llevaban años sin dar problemas.

El director había advirtió cuando salió el caso del yerno del rey emérito que las cosas podían descontrolarse. La prensa ya no era tan dócil y complaciente como en los años ochenta y noventa, además las redes sociales e internet eran mucho más difíciles de controlar, pero el

antiguo rey se creía por encima del bien y del mal. Su caída había sido inevitable.

Él mismo había facilitado un lugar discreto muy cerca de la Zarzuela para que el viejo monarca se reuniera con Clarise, pero parecía que el Borbón no podía tener mucho tiempo su real miembro en el mismo sitio.

El secretario del director entró en el despacho y dejó un sobre.

—El ministro de Interior ha llamado al comisario Villatoro.

—¡No me jodas! Ese cabrón es capaz de cualquier cosa por unos miles de euros. Si el ministro lo ha llamado es para que descubra lo le que ha pasado a la amante del viejo rey y lo saque a la luz. El presidente del gobierno es un megalómano y no dudará en lanzar más piedras contra la monarquía. A ese psicópata no le importa que el Estado salte por los aires.

—¿Cómo podemos neutralizarlo, jefe?

—Manda llamar a Úrsula y Ernesto, son nuestros mejores agentes. Que intercepten al comisario Villatoro y le impidan descubrir nada relevante.

—Ok, pero ¿qué hacemos con los inspectores?

—Esos no me preocupan. Son un novato y una policía joven, controla a Villatoro y tenme informado. ¿La prensa sabe algo?

El secretario se encogió de hombros.

—Es cuestión de horas. La gente del hotel terminará vendiendo la información tarde o temprano.

—Quiero el informe de la forense, que me digáis todo lo que descubren esos policías y que Úrsula y Ernesto se pongan en marcha.

El secretario salió del despacho y llamó a los dos agentes para explicarles el caso, eran los dos mejores que tenían. Habían trabajado en Afganistán, dado varios golpes a los terroristas islámicos, descubierto la intervención rusa en los intentos independentistas catalanes y otros casos aún más escabrosos. Estaba seguro de que se harían con la situación.

11. Amante

Almudena Cortés les enseñó varios archivos de fotos que jamás habían salido a la luz, relaciones sexuales explícitas, reuniones con personajes de dudosa reputación, mensajes grabados en contestadores y algunos escritos.

—Como verán, la discreción nunca ha sido uno de los fuertes del antiguo rey. Su primera amante oficial, la periodista, fue la única que se preocupó de salvaguardar su vida pública, además de que mantuvo su amistad con el rey hasta su muerte, pero las otras siempre se han querido aprovechar de su poder, su influencia o su dinero en algún momento.

—¿Quién puede estar detrás de todo esto?

—La única persona que puede saber algo así es el viejo Manuel Soto y Pizarro de Colmenar.

—El antiguo diplomático y asesor del rey emérito —dijo Shawn.

—El mismo.

—Pensé que estaba muerto.

—No, lleva mucho tiempo fuera de los focos y casi no sale de su casa en La Moraleja —le respondió a Adela.

—¿Cree que nos recibirá?

—Son policías. ¿No? Si quieren pueden comentarle que los envío yo. El viejo monarca se deshizo de él cuando le pillaron con las manos en la masa, aunque la pasta era del rey y los asuntos turbios con Kuwait también.

Adela apuntó la dirección.

—¿Hay fotos de Clarise y el rey? —preguntó el agente.

—No, esta fue la más lista. Se llevó casi todo el dinero, pero nunca la pillaron con las bragas bajadas, al menos a mí no me ha llegado noticia. Pero una antigua amante sigue viva y guarda mucho rencor por su viejo amante, ella sí hablará con ustedes, me refiero a la actriz.

Después de tomar nota los dos inspectores se despidieron de Almudena Cortés y subieron al coche, antes de arrancar Adela le dijo a su compañero:

—¿A quién prefieres ver primero? ¿A la actriz o al diplomático?

El joven se encogió de hombros.

—La verdad es que prefiero primero a la actriz. Aunque antes me gustaría comer algo, si no te importa.

Los dos se dirigieron a una hamburguesería y mientras le traían la comida comenzaron a charlar.

—No estoy segura de que estos dos nos den pistas sobre el asesino de Clarise, hace muchos años que no se ven con el rey emérito —comentó el joven.

—Eso es cierto, pero pueden darnos una pauta. Mostrarnos cuáles son sus enemigos o cuál de sus amigos estaría dispuesto a matar por él.

—No creo que el emérito tenga nada que ver, solo tiene mucho que perder, en los últimos meses había regresado a España de forma esporádica, ahora todo esto le estallará de nuevo en la cara.

—A no ser…—dijo Adela sin terminar la frase.

—¿Qué?

—Que Clarise estuviera en Madrid por algo, que tuviera un último as en la manga que pusiera en peligro la monarquía. El viejo rey ha sido siempre un mujeriego y se ha llevado cientos de millones en comisiones, pero si hay algo que ama más que a sí mismo es la institución que representa. No creo que se perdonara nunca haberla destruido con alguno de sus secretos.

El inspector se quedó pensativo.

—¿Crees que el antiguo rey podía haber asesinado u ordenado asesinar a su amante para salvar a su hijo?

La inspectora asintió con la cabeza y después le dio un buen mordisco a su hamburguesa.

12. La familia

Cosme llegó justo a la comida. Celi parecía feliz por primera vez en mucho tiempo. La mesa estaba llena de niños que se pasaban los platos de unos a otros, Toñi parecía aún algo afectada. Había perdido lo poco que tenía, apenas algo de ropa, una televisión, la lavadora y poco más, pero para ella era toda su vida.

—Toñi, no te preocupes, te ayudaremos —comentó Cosme.

Celi tomó la mano a la mujer y esta comenzó a llorar.

—No me creo que lo hayamos perdido todo. ¿Por qué nos han hecho eso? No hacíamos daño a nadie, nos llevábamos bien con el resto de los vecinos. Ayudábamos a los mayores con la compra. Los niños son un poco trasto, pero como todos los niños.

—El odio no tiene una explicación, es una mezcla de temor y desprecio. Hay gente que no soporta a los que son diferentes. Os ha tocado a vosotros, pero lo importante es que no os ha pasado nada. Lo material se puede sustituir.

—Me casé con quince años, Ramón se ha pasado media vida entrando y saliendo de la cárcel, hace años que voy a la iglesia, mi vida ha cambiado, he comprendido muchas cosas que hacía mal. De verdad, que estoy intentando hacer las cosas bien.

—Las estás haciendo bien, pero a veces tenemos que atravesar pruebas, problemas que no nos hemos buscado. Es algo que nos cuesta entender, siempre creemos que las cosas tienen un sentido, que si sembramos amor deberíamos cosechar lo mismo, pero no es siempre así —le dijo Celi.

—Gracias.

—Os quedaréis aquí hasta que Cosme os encuentre un lugar.

—¿De verdad?

—Hay una cosa que aprendí de mi difunto marido. El amor es la única respuesta válida ante la vida. Cuando nos damos es cuando más recibimos.

Cosme tuvo que contener las lágrimas, esa era la razón por la que se dedicaba a curar las almas, no había nada más reconfortante que ver a la gente transformada y ayudándose mutuamente. Celi estaba recibiendo a aquella familia, pero al mismo tiempo estaba escapando del dolor que la atenazaba. Toñi, por su parte, estaba experimentando en su propia carne cómo el amor es capaz de cambiar el dolor en amor, y este en esperanza.

13. Rey

El peso de la corona era terrible, pero había cuatro mujeres que le ayudaban a levantarse cada día. Una era su madre, aquella mujer abnegada que había sufrido tanto. Siempre anteponiendo su familia a su felicidad, mil veces traicionada y mil veces luchando por mantener su hogar a flote. La otra era su esposa, muchos creyeron que eran incompatibles, pero lo que más deseaba era estar entre sus brazos. Su esposa era una mujer fuerte, luchadora y que siempre le había apoyado. Luego estaban sus hijas, dos ángeles, llenas de inocencia y amor. ¿Qué más podía pedirle a la vida?

Era cierto que su padre parecía haber perdido la cordura, pero siempre había sido un egoísta, que nunca parecía satisfecho, lo que muchos llamaban la maldición de los Borbones. La misma que había contagiado a sus hermanas y a sus sobrinos, aunque él se sentía inmune a todo eso. Su máxima aspiración era ser feliz, estaba dispuesto a renunciar a todo por su familia, la corona era una pesada carga y su padre no se lo ponía fácil.

El jefe de la Casa Real llamó a la puerta del despacho, Javier Martín asomó la cabeza. Aquel hombre llevaba muchos años con él, alguien en el que podía confiar plenamente.

—Buenos días, Javier.

—Majestad, me temo que tengo malas noticias.

No le sorprendió el comentario, desde su toma de posesión los problemas se habían intensificado. El presidente del gobierno era abiertamente opuesto a la monarquía y eran muchos los desplantes que le hacía en los actos oficiales, aunque tal vez lo peor era que intentaba empequeñecer su figura, como si España ya fuera una república de facto.

—¿Qué ha sucedido ahora? Está mal que lo diga, pero cuento los días para que este gobierno desaparezca. No es bueno para el país ni para la monarquía.

—Ha muerto Clarise.

No hizo falta que comentase mucho más, la había conocido años antes. Al principio no había sospechado que su padre tuviera nada que ver con ella. Tenía la esperanza de que la edad hubiera calmado sus pasiones, pero por desgracia no había sido así. Aquella mujer había terminado con lo poco de cordura que le quedaba a su padre.

—Lo peor es que ha sido en Madrid.

—No puede ser —dijo el rey. Era como si la sombra de su padre siempre estuviera planeando sobre él.

—Creemos que ha sido asesinada, la policía lo está investigando y, conociendo al personaje, puede que el presidente lo utilice para hacer

un referéndum sobre la monarquía.

El rey sintió cómo le subía una arcada, pero se contuvo.

—No es posible.

—Sí, lo es y el ministro de Interior está intentando sacar toda la mierda posible para verterla contra usted.

—Yo no he hecho nada.

—Es cierto, Majestad, pero en el mundo actual es muy fácil convertir la realidad en otra cosa. Ya me entiende, manipular a la opinión pública y nosotros no podemos hacer nada para evitarlo.

—Pero…

—Lo único que podemos hacer, Majestad, es confiar en la divina providencia. Es la única que ha permitido que la monarquía sobreviva hasta este momento.

—Gracias por vuestra fidelidad.

—Os conozco desde hace veintiocho años, no creo que haya nadie más leal y fiel a España. Los presidentes vienen y van, pero los reyes permanecen. Lograremos superar esta tormenta. Os lo aseguro.

14. Uno más uno

Adela estaba aburrida de excavar en la mierda, pero sabía que la única forma de descubrir la verdad era manchándose las manos. Jamás se había enfrentado a un reto como aquel. Durante su carrera como inspectora había destapado casos de corrupción empresarial, tráfico de armas y personas, abusos a menores y secretos ocultos de instituciones poderosas, pero ahora era consciente de que se estaba enfrentando al aparato mismo del Estado. El poder se defendía con uñas y dientes, era capaz de cualquier cosa, no había nada demasiado retorcido que no estuviera dispuesto a hacer, por eso preguntó antes de llamar a aquella puerta, si merecía la pena seguir.

—¿Qué piensas?

—Sabes que toda esta mierda puede terminar con nuestras carreras.

Shawn se rio.

—¿Qué carrera? Apenas llevo tres años en el cuerpo, no me importa que me cesen.

—En eso somos demasiado parecidos.

—Bueno, yo creo que, si nos han elegido pensando que no llegaremos al fondo de este asunto, están equivocados. Ninguno de nosotros tiene nada que perder y, no hay nada más poderoso que vivir sin deudas, con la vida por delante.

Llamaron a la puerta y les recibió los restos de una mujer preciosa, una antigua sex symbol.

—Hola —dijo la mujer mientras fruncía el ceño y toda su cara se arrugó como una pasa.

—La inspectora Adela Palazuelo y el inspector Shawn.

—Hace mucho que no veía a dos policías.

—Queremos hacerle unas preguntas.

—Estoy muy tranquila, no quiero problemas, me metí con quien no debía y casi me cuesta mi vida y la de mis hijos.

—Todo lo que diga quedará entre nosotros. Ha muerto la última amante de…

—¿Clarise?

—Sí —dijo Shawn.

—Creo que yo he tenido más suerte que ella, tal vez porque me quedé con menos pasta. Pasen.

Los dos entraron en el chalet, no era lujoso, pero sí cómodo y hogareño.

—Llevo mucho tiempo fuera de los focos, alguna vez voy a Tele5, pero es solo para ver que no me he convertido en una sombra.

Se sentaron en el sillón del salón y la mujer les sonrió.

—El emérito está en un lío de nuevo.

—Eso parece —dijo Adela.

—Siempre tuvo la cremallera demasiado rápida.

—Le ha costado la corona —dijo Shawn.

La mujer asintió con la cabeza.

—¿Sabe quién estaría dispuesto a matar por él?

La pregunta de la inspectora la pilló por sorpresa.

—Bueno, siempre hay gente fanática. Pero uno sin duda es el director del CNI actual. Estuvo a punto de terminar conmigo, temí por mi vida en varias ocasiones.

—¿Alguien más?

—Tiene un guardaespaldas, ahora debe ser un señor mayor, pero muy…, fanático: Ángel Alcaide. Parece un santo, tiene cara de panoli, con su voz atildada y su cara de no haber roto un plato en su vida. Se fue con el viejo rey al extranjero, pero creo que es el único capaz de matar por el él.

—¿Está segura?

—En esta vida, cuando una llega a cierta edad, ya no se está segura de casi nada.

———————

Cosme dejó la casa con una sensación de satisfacción, como si el mundo aún tuviera esperanzas y se adentró en su barrio. Había llegado a amarlo a pesar de todo. Sabía que era un lugar hostil y en ocasiones cruel, pero le gustase o no era su hogar.

Caminó por las calles hasta llegar al local que le habían indicado. No había ningún distintivo en la fachada, parecía simplemente un viejo local abandonado del siglo pasado, ese en concreto había sido una panadería que pertenecía a una mujer mayor que la llamaban Agustina. Llamó, pero no le abrieron, después intentó observar algo por los cristales forrados de papel de periódico.

—No hay nadie a esta hora —escuchó a su espalda.

Se giró y vio a una mujer de mediana edad con el pelo teñido de rubio.

—Perdón.

—Suelen estar por las mañanas repartiendo comida, pero nunca por la tarde. No son del barrio, visten de forma sencilla, pero se les ve a la legua que vienen de otros barrios. Su jefecillo se llama Santiago Escuza, debe tener unos treinta años.

—¿Cómo sabe tanto?

La mujer puso una sonrisa irónica.

—Mi hijo ha estado viniendo unos meses. Llevaba un tiempo en paro y estaba muy impactado por su mensaje, pero ya se ha dado cuenta de la verdadera intención de esta gente.

—¿Cuál es su intención? —preguntó Cosme.

—Pues liar follón, convencer a los hijos de los obreros que les preocupa su causa. Ya sabe, como en la época de Hitler y en la España de José Antonio, el que fundó Falange. Soy una mujer ignorante, pero tengo memoria, mis padres siempre me hablaban de esa gente repeinada que decía defender los derechos de los obreros, pero que son unos vendidos al capital, si encuentra al jefe Escuza, descubrirá quién paga las facturas.

Cosme apuntó el nombre y se marchó hacia la iglesia, pero apenas había caminado unos metros cuando dos matones le salieron al encuentro.

—Viejo, será mejor que no te metas donde no te conviene.

El pastor los miró entre furioso e intrigado.

—¿Quiénes sois vosotros?

—Ya sabes lo que te hemos dicho —dijo uno de los matones con una barra de hierro en la mano.

—Dejad en paz a la gente de mi barrio y yo me olvidaré de vosotros.

Uno de los hombres se abalanzó sobre él, logró esquivar el primer golpe, pero el segundo lo recibió en las costillas. El tercero, en la frente, lo derrumbó.

—Ya te lo hemos advertido, la próxima vez no seremos tan razonables. Sois unos jodidos gitanos de mierda, pero al menos sois españoles. Esa gente es basura y no la queremos en el barrio —le advirtió el matón.

Mientras los dos hombres se marchaban y le dejaban allí tirado en el suelo, Cosme se dio cuenta de que aquellos tipos no eran dos simples esbirros del tal Escuza, algo realmente malo estaba sucediendo en el barrio. La sociedad estaba polarizándose como nunca lo había hecho, al menos desde los años setenta del siglo anterior. Logró incorporarse y llamar a Adela que, finalmente, le cogió el teléfono.

—Necesito que vengas a Pan Bendito de inmediato.

2ª PARTE: LA VOZ

15. Voz

—Mi deseo es dar voz a los que no la tienen. Cuando fundé este partido en 2013 lo hice con la clara intención de proteger a los más débiles de nuestro país, a aquellos abandonados por la izquierda y la derechita cobarde.

El líder del partido sudaba bajo su caro traje ante una multitud enfervorizada, habían llenado la plaza de toros de Vistalegre en el popular barrio de Carabanchel, antiguo feudo de la izquierda.

—Los españoles tenemos derechos y no nos los van a robar esos zurdos de mierda, esos comunistas que lo único que quieren es destruir nuestro país y venderlo a los nacionalistas catalanes y vascos.

A cada palabra del líder la gente se ponía más emocionada, a él le gustaba ver a las masas aplaudiendo a dos manos. Tanto su padre como su abuelo habían participado en política, eran navarros y sabían lo que era aguantar la presión. Su abuelo había sido procurador en Cortes durante la dictadura, y su padre diputado del partido de derechas mayoritario, pero cansados de que cada vez se centrase más, habían decidido ayudar a la fundación de uno nuevo, pero para ello necesitaban dinero e influencia, dos organizaciones ultracatólicas y varios millonarios habían apoyado al partido, el fundador de una empresa de seguridad, la marquesa de Moya, el presidente de unos grandes almacenes y algunos exministros conservadores. Algunos líderes muy destacados habían militado en Falange Española, el último reducto del antiguo régimen franquista.

Tras el discurso Leovigildo se dirigió a la sala vip con los guardaespaldas. Al llegar a la sala se tomó dos botellas pequeñas de agua de un trago.

—¿Qué tal he estado? —preguntó a Xavier, su asesor principal.

—¡De puta madre, como siempre!

El líder del partido sonrió.

—¿Cómo va la precampaña? Tenemos que ser imprescindibles para gobernar. Es nuestra oportunidad.

—Bueno, las cosas no van bien. El presidente parece que resiste todos los ataques, nuestras encuestas secretas le dan empate con el gallego.

—No jodas.

—Ya sabes, es la mierda de tener en su mano el poder mediático y todo el dinero para repartir a mansalva. Los muy cabrones están acabando con todos los fondos europeos, cuando lleguen los otros verán de nuevo las arcas vacías, como en época de Aznar.

—Bueno, una vez en el poder ya les daremos caña a esos comunistas.

—Hay otra cosa.

Leovigildo le miró preocupado, su asesor nunca se ponía tan serio.

—Han matado a la putita del rey emérito en Madrid.

—No jodas.

—Sí, al parecer en un hotel de lujo. Se teme que el presidente aproveche la situación para convocar un referéndum sobre la monarquía.

—No puede ser, las elecciones son en unos meses.

—Este cabrón es capaz de cualquier cosa.

—¿Y quién se la ha cargado?

—No se sabe, puede que el mismo emérito o alguien de su corte, los cachorros del presidente o de sus socios de extrema izquierda.

—Pues hay que parar todo esto.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —preguntó el asesor.

—Como siempre, Xavier, dejando que los ventiladores de mierda se pongan a toda potencia.

16. La Vedette

No tenía pelos en la lengua. Les contó cómo, tras mostrar al jefe de la Casa Real de la época todo el material que había grabado del rey emérito este le amenazó de muerte a ella y a sus hijos.

—Ese Francisco Ayala es capaz de cualquier cosa. Es leal al rey y al Estado, de los que piensan que el fin justifica los medios.

—Entiendo —dijo Adela, a la que no le dejaba de sonar el teléfono.

—Al final me dieron lo que me merecía, pero primero asaltaron mi casa y tuve que esconderme en la de unos amigos. Eran los años noventa, pero no creo que la cosa haya cambiado mucho en el CNI.

Shawn pensaba que la mujer exageraba, además de ser una aprovechada.

—Bueno, entonces cree que a Clarise la pudo matar el CNI. Es una acusación muy grave.

—Digo lo que pienso, siempre he sido transparente.

—Por eso le dieron durante varios años programas de *prime time* en la televisión pública —comentó el inspector.

La mujer pareció molestarse en parte.

—La televisión pública, como tú la llamas, ha sido siempre como el "coño de la Bernarda", todo el mundo la ha usado para sus intereses políticos. Han quitado y puesto gente según la ideología que gobernaba. Siempre han sido los palmeros del gobierno de turno.

—Por eso era mejor que pusieran a la amante del rey, para que tuviera la boca cerrada.

—Nunca he tenido la boca cerrada, ese ha sido siempre mi problema. Será mejor que se marchen ahora.

Adela miró a su compañero con un gesto de desaprobación.

Los dos se dirigieron a la puerta.

—Si descubre algo más o se acuerda de algo relevante, por favor llámeme, este es mi número.

—¿Cree que mi vida puede estar en peligro?

—No —contestó Adela, después salieron de la casa y se dirigieron al coche.

Un par de minutos más tarde sonó de nuevo la puerta.

—¿Se han olvidado de algo? —preguntó la mujer que abrió la puerta sin mirar de quién se trataba.

—Hola, ¿cómo estás?

—¿Qué haces aquí? —preguntó la mujer algo nerviosa.

—¿No me dejas pasar?

La mujer titubeó, pero al final abrió la puerta.

—¿Qué les has contado?

—Nada, te lo juro.

—Siempre has sido una puta mentirosa.

Apenas había acabado la frase cuando sacó una TASER y la disparó, la mujer cayó al suelo entre convulsiones, después le inyectó insulina y se marchó. Mientras la mujer sufría un coma diabético e intentaba incorporarse comenzó a vomitar y antes de que lograra llamar por teléfono se desvaneció.

Unas horas más tarde, cuando su hija fue a la casa, se la encontró muerta en el suelo. La mujer sufría de diabetes y el médico que certificó la muerte la calificó de muerte natural.

Lo que no sabía el asesino era que la casa tenía un circuito cerrado de cámaras y que todo lo sucedido había quedado grabado.

Cuando Adela vio en las noticias lo que había sucedido, no tuvo que esforzarse mucho en relacionar la muerte de las dos amantes del rey emérito, el escándalo ya era imparable.

17. Sombras

Adela llegó a la casa de su madre y se sorprendió al verla llena de gente.

—¿Qué ha sucedido?

—Tu tío lleva todo el día llamándote. Quemaron la casa de Toñi y su familia se quedará aquí unos días.

—¿Dónde está el tío?

—Imagino que en la iglesia. Es miércoles.

Adela dejó a su madre, le agobiaba tanta gente. Cuando llegó a la capilla vio luz dentro, pero la puerta cerrada, era algo poco usual en su tío. Llamó y este tardó un buen rato en abrir. Tenía la cara magullada y estaba en mangas de camisa.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada.

—Venga, tío.

—Bueno, he tenido un altercado con unos tipos. Los que andan quemando pisos en el barrio.

Adela le ayudó a ponerse una venda en el hombro y luego a colocarse la camisa.

—¿Qué es eso de los incendios?

El pastor le explicó brevemente.

—Entonces, la extrema derecha ha pasado a la acción. Lleva mucho tiempo echando mierda sobre los inmigrantes y los okupas, si hace esto es porque piensa que le dará algún rédito político. Cada vez apesta más todo —dijo la inspectora.

Los dos se dirigieron al despacho y se sentaron.

—No quería pedírtelo, pero necesito ayuda. Creo que detrás está el partido y su dirigente.

—¿Leovigildo?

—El mismo, aquí lleva las cosas un tal Santiago Escuza, pero no es el pez gordo, si lográsemos relacionar a los dos.

La inspectora se cruzó de brazos.

—Esa gente no suele dejar huella. Son muy poderosos, tienen a la Iglesia católica y a poderes económicos de su lado.

Cosme se encogió de hombros.

—Nunca nos hemos enfrentado a gente tan poderosa. Una cosa son unos concejales corruptos, unos vendedores de armas ilegales o unos secuestradores, pero esta gente dispara y después pregunta quién eres. Para ellos, nosotros somos menos que microbios.

Cosme siguió asintiendo.

—Entonces, ¿dejamos que quemen casas y maten a la gente?

—No por Dios, sólo te pongo en antecedentes.

—¿Eso no podrá perjudicar tu carrera?

La joven le miró con cierta ironía.

—Ya no me importa nada. ¿Me puedes decir para qué estamos en este mundo de mierda? Lo único que he hecho en toda mi vida ha sido sufrir. Primero perdí a mi padre, después a mi hermana, luego al chico que amaba.

—No tengo respuesta para eso, pero sí puedo decirte que no tiene nada que ver con Dios. Son nuestras propias decisiones las que nos llevan al abismo.

—He visto a niños inocentes contraer una enfermedad incurable y morir.

—Vivimos en un mundo caído, Adela. La enfermedad y la muerte forman parte de él, hasta que Cristo…

—No me vengas con esas, ya me sé el sermón.

La mujer se puso en pie.

—Me pondré a ello, no te prometo nada. estoy con un caso muy chungo.

—Por eso fuiste a ver a la periodista.

—Sí.

—Tiene que ver con el antiguo rey.

—No puedo decirte nada.

El hombre se limitó a sacar el teléfono y enseñarlo a su sobrina.

—Está en todos los periódicos.

Adela leyó el titular, ya era público, ahora les costaría mucho más dar con el asesino. Aquel maldito caso se estaba complicando y eso era lo último que necesitaba.

18. Poder

Todos conocían al comisario Villatoro y él también los conocía. Llevaba más de cuarenta años desatascando las cloacas del poder. Había trabajado para cuatro gobiernos, además de servir en algunas misiones delicadas en el extranjero, sobre todo en el Reino de Marruecos. Cuando acudían a él era porque las cosas estaban desesperadas, y aquel era el asunto más delicado que había llegado a sus manos. Estaba parcialmente retirado, aunque la gente como él nunca lo hacía del todo. A pesar de sus sesenta y ocho años se encontraba en buena forma, había echado barriga y no le quedaba apena pelo en la cabeza, pero su barba canosa le rejuvenecía en parte. Nadie que se le hubiera cruzado por la calle se habría imaginado que se trataba de un viejo policía que había luchado contra ETA, que había ayudado a formar los GAL, que había estado involucrado en el 23 F o en los papeles de Bárcenas. En sus archivos se encontraban los expedientes de muchos presidentes tanto españoles como extranjeros, infinidad de ministros, empresarios y hasta algunos cargos eclesiásticos.

El ministro le convocó en un discreto mesón de la Cava Baja, muy próximo a la Plaza Mayor. Aquel ministro de Interior representaba todo lo que estaba mal en el país según el comisario. Personas débiles, sectarias y sobre todo incompetentes.

—Comisario.

—Ministro.

—Imagino que ya sospecha por qué le he mandado llamar. El asunto ya ha estallado en los medios, "el comisionista" se encuentra en Madrid, a pesar de que el gobierno le ha advertido en varias ocasiones de que si no se queda tranquilo en Oriente Próximo terminará entre rejas.

—Eso lo tengo que ver yo.

El ministro torció el morro pero no hizo nada, no estaba seguro de que el presidente, a pesar de ser un hombre imprevisible, fuera capaz de acusarle formalmente de algo.

—La cosa es que tiene que descubrir qué hay detrás y facilitarnos toda la información. Queremos saber quién y por qué ha hecho esto.

—¿Para salvar la democracia? ¿Verdad?

—No le pagamos para opinar ni para pensar, lo hacemos para que saque información y nos la entregue.

—Ok.

El ministro le entregó un dosier, no quería dejar una huella digital. El comisario lo ojeó durante un rato.

—De todas las amantes del rey emérito, sin duda esta fue la mejor.

Tenía clase, era guapa y lista, fue la que más le sacó y de la que estuvo más prendado, seguramente era muy buena en la cama.

—Ahórrese esos comentarios.

—Claro, de esto usted no entiende. En dos días le entregaré en bandeja al culpable, luego hagan lo que quieran con él. Sé que la justicia les importa una mierda.

—He sido juez.

—Por eso lo digo. Se han cargado el código penal, el sistema judicial, el Tribunal Supremo y el Constitucional. ¿Quiere que siga?

—No le pagamos para eso. Usted era un famoso torturador y todos los gobiernos le han salvado el culo.

—En eso se equivoca, todos me han querido muerto o entre rejas, pero ninguno se ha atrevido a hacerlo. Tu presidente está pillado por los cojones por el rey de Marruecos, el sistema Pegasus le tomó la información del teléfono. No he logrado acceder a lo que tenía, pero en poco tiempo fue capaz de entregar el Sahara y hasta la camisa a los marroquíes.

El ministro comenzó a ponerse nervioso.

—Por no hablar de lo que pasó en Melilla.

—Bueno, tengo que irme. Manténganos informados.

—No lo dude, ministro.

El hombre dejó el maletín en la mesa, el comisario lo abrió discretamente y vio los fajos de billetes. Lo bueno que tenía el Estado era que pagaba puntual, se dijo mientras se ponía en pie y se marchaba a la calle. Sabía dónde buscar, era peligroso. Esa gente no se andaba con chiquitas, pero un par de lameculos del CNI le debían un favor y era el momento de cobrarlo.

19. No matarás

Tras ver al estúpido presidente de México en las noticias, el rey emérito se preguntó por qué la política estaba tan mal, todo había empezado con Chávez, antes con Fidel, pero ese era otro cuento. Odiaba a esos dictadores de pacotilla, aunque también los admiraba en parte. Ellos no tenían que rendir cuentas a los periodistas ni al pueblo, eran completamente libres.

El viejo monarca miró por la ventana de su residencia en Madrid, era de un amigo, un empresario catalán que había pagado la luna de miel de su hijo con la plebeya. Aquella zorra le había dado muchos desplantes, a él que siempre la había apoyado.

Por alguna extraña razón todos los que le rodeaban terminaban en la cárcel. Al que más había querido era a Manuel Soto y Pizarro de Colmenar, había sido capaz de sacrificarse por él en el caso de Kuwait, pero todo aquello los había distanciado. El banquero repeinado también había estado en su círculo íntimo, pero cuando se pasó de la raya tuvieron que pararle los pies y quitarle sus juguetitos. Luego estaba Adnan Khashoggi.

Él no quería ser pobre como su padre, por eso cuando siendo príncipe consiguió que los árabes dieran petróleo a Franco en plena crisis del petróleo, no dudó en quedarse una comisión. ¿A quién hacía daño eso? España era un país de envidiosos y miserables. Se dio cuenta de eso siendo niño, cuando los demás le puteaban en los colegios y academias militares.

El rey miró el teléfono y vio la noticia.

—¡No me jodas! Su vieja amante había muerto en su casa de un coma de insulina. Era la segunda en un mismo día y eso no podía ser casualidad.

Había dejado el alcohol, ya no fumaba ni comía como antes, lo único que le quedaba era el sexo y sus pastillitas azules. Mandó llamar a su asistente y media hora más tarde ya tenía compañía en la habitación.

20. Fuego y humo

Santiago Escuza ya había elegido el objetivo. Tenía que hacerlo todo, sus hombres eran unos patanes. Tenían agallas, pero muy pocas neuronas. Quemar la casa a una familia gitana, aunque fuera okupa, les podía dar mala prensa.

El jefe les había dicho que extremasen los cuidados y que no quería muertos, por eso eligieron un chalet abandonado, donde se refugiaban algunos subsaharianos. No había niños ni mujeres, únicamente jóvenes negros, que en cuanto vieran el fuego saldrían corriendo.

Santiago y sus hombres salieron del local y en cuanto subieron al coche sin matricula se pusieron los pasamontañas; en el maletero llevaban el combustible, además de un acelerador del fuego.

—¿Sabéis bien la dirección?

—Sí, claro. Esta mañana fuimos a comprobar el terreno, como nos dijiste.

—¿Cuántos son?

—Unos diez o quince, hemos calculado, pero nunca están todos dentro a la vez. Se buscan la vida pidiendo; algunos prostituyéndose y unos pocos robando.

—Los vecinos están hasta los huevos de ellos —dijo otro de los matones.

—Nadie se molestará si los sacamos de aquí.

Santiago había tenido la idea de quemar las casas ocupadas. En Alemania incluso quemaban los centros de refugiados, ellos todavía no habían llegado a tanto, pero todo se andaría.

Pararon cerca de la casa, era tarde y estaba en calma.

—Hay que producir el incendio por los dos costados, pero dejarles una vía de escape. ¿Entendido?

Los matones comenzaron a lanzar el combustible por la fachada y la vegetación, pero no en la puerta. Cuando terminaron, Santiago prendió un papel con su cigarrillo. Entonces vieron a un chico salir del edificio. Al verlos regresó a la casa y comenzó a gritar. Un matón se puso nervio y soltó el bidón cerca de la puerta. Santiago lanzó el papel y en un segundo el fuego se había extendido por todos los lados.

Los subsaharianos intentaron salir de la casa ya que el fuego se extendía con rapidez, pero cuando llegaron a la puerta esta también ardía.

—¿Quién ha echado combustible en la puerta? Llamad a los bomberos y larguémonos de aquí.

Los cinco corrieron hasta el coche, uno de ellos llamó y se alejaron un poco.

El cuartel de bomberos estaba muy cerca, para cuando llegaron el

fuego ya se comía toda la fachada, la casa era antigua y el techo estaba formado por vigas de madera.

Los pobres inmigrantes pedían ayuda en su interior. Los bomberos intentaron romper la puerta, pero el fuego era muy virulento.

Santiago comenzó a golpear el volante del coche.

—¡Joder, sois unos inútiles! Si nos cargamos a un negro se nos va a caer el pelo.

Los bomberos lograron apagar el fuego de la puerta, pero acceder al interior fue imposible. Todo ardía, los pobres inmigrantes estaban tumbados en el suelo, habían muerto por inhalación de humo.

Media hora más tarde, a pesar de ser las cuatro de la madrugada, Cosme recibió una llamada de un feligrés. Cuando llegó a la casa carbonizada vio a medio centenar de vecinos curioseando fuera del perímetro de seguridad. Llamó a su amigo el policía y este se acercó.

—Los pirómanos de Pan Bendito han matado a doce inmigrantes, los han quemado a todos.

—Dios mío, ¿cómo ha sucedido?

—Los han cercado con el fuego, no tenían escapatoria, cuando han querido huir era demasiado tarde.

Cosme se llevó las manos a la cabeza y comenzó a llorar. Nunca pensó que llegaría a ver una tragedia como esa en su barrio. Era cierto que nunca había sido un remanso de paz, pero aquello era demasiado.

21. Escándalo

Todos los noticieros y periódicos abrieron con la trágica muerte de los inmigrantes subsaharianos. Nunca se había dado un hecho así en el país. Aquello sirvió para que los medios dejaran de hablar de la muerte de las dos amantes del rey emérito en apenas unos días, aunque ambos casos se presentaron como suicidios y no como asesinatos.

El presidente del gobierno llamó al ministro, no sabía cómo eso podía repercutir en las elecciones que estaban a la vuelta de la esquina.

—¡Joder, parece que esta maldita legislatura no se va a terminar nunca!

El ministro tragó saliva, sabía que cuando el jefe se ponía de aquella forma era muy difícil de contener.

—Ya he puesto en el caso al comisario Villatoro, aunque ese tipo no me da mucha confianza.

El presidente puso los ojos en blanco.

—Villatoro nos será muy útil, pero no te he llamado ahora por eso, acaban de freír a una docena de inmigrantes en Madrid, eso comparado con lo de la valla de Melilla es peccata minuta.

—Bueno…—el ministro empezó a sudar.

—Puede que esto nos estalle en la cara.

—Es nuestra oportunidad de cargarnos a los socios del futuro gobierno, si logramos relacionarlos con lo que ha pasado, matamos dos pájaros de un tiro. La oposición ya no podría formar gobierno y tendríamos a la monarquía en nuestras manos.

Los ojos del presidente se iluminaron. Era la jugada perfecta, al mismo tiempo que se hacía un jaque mate al rey, podían neutralizar a la oposición y culparla de crispar a la sociedad y fomentar el racismo y la xenofobia.

—Lo único que tenemos que cuidar son los tiempos, si nos precipitamos todo puede volverse en nuestra contra.

El ministro asintió con la cabeza.

—Pero antes debemos resolver el otro problema. Es la segunda amante del rey emérito que desaparece en cuarenta y ocho horas, tenemos un asesino suelto por Madrid y no sabemos si va a actuar.

—Eso no debería importarnos tanto, al menos por ahora —dijo el presidente mientras se tomaba un café que le supo a gloria. Hacía unos años nadie se había fijado en él, siempre había sido un ganador, pero en el parlamento no había dejado de ser un congresista gris, ahora podía demostrar al mundo su valía. Cuando acabara con España no la iba a reconocer ni la madre que la había parido, pensó mientras

el ministro salía de la sala y le dejaba a solas.

22. Imágenes

Adela y Shawn se habían enterado de la muerte de la otra amante del rey emérito aquella misma mañana. Habían estado en su casa unas horas antes, se habían dado cuenta de que temía por su vida, aunque habían pensado que exageraba un poco.

Aquella mañana regresaron a la casa, la policía la había registrado a fondo. Las imágenes de seguridad que habrían podido dar algo de luz en aquel asunto estaban borradas. La difunta había dejado una nota escrita en su móvil diciendo que, ante la gravedad de su enfermedad, prefería quitarse la vida. Ambos hechos eran muy sospechosos, pero no eran pruebas determinantes para investigar un asesinato, al igual que sucedía en el caso de Clarise.

La hija de la actriz se acercó hasta ellos, se parecía mucho a su madre, aunque en una versión más joven y llena de tatuajes.

—Saben que mi madre no se ha suicidado, tenía una enfermedad degenerativa de los huesos, pero estaba en la primera fase. Ella era una luchadora y jamás habría hecho una cosa así. ¿Creen que es casualidad que dos amantes del antiguo rey se hayan suicidado en dos días?

—Nosotros nos atenemos a las pruebas. Está la nota, no hay testigos de lo sucedido, no sé cuánto tiempo podremos tener abierto el caso —comentó Adela.

—Es por la monarquía. Nadie se atreve a enfrentarse al Estado, pero mi madre era más lista que esa gente. Sabía que esto podía suceder, guardó pruebas en una caja de seguridad, no sé lo que tiene allí, pero me imagino que lo que sea pondría al Estado en una situación muy difícil.

Los dos inspectores se miraron sorprendidos.

—¿Podemos acceder a esa caja de seguridad?

La joven se quedó pensativa.

—Si alguien ha terminado con la vida de tu madre puede ser muy peligroso que tú recojas esa información. Podemos ir contigo y asegurarnos de que no pasa nada.

—No lo tengo claro. Vosotros pertenecéis a la policía y mi madre siempre me ha dicho que está al servicio de los poderosos. ¿Cómo sé que no os quedaréis con la información y la enterraréis para siempre?

—Nosotros no servimos a ningún Estado, queremos saber la verdad y te prometo que todo saldrá a la luz.

La joven observó el rostro de Adela y le transmitió una paz difícil de explicar.

—Ok, todavía debe estar el banco abierto, es en la calle de Alcalá.

—Vamos contigo.

La joven se subió en el coche de los dos inspectores y se marcharon al centro de la ciudad. El tráfico estaba muy congestionado, pero lograron llegar a tiempo. Entraron los tres en el suntuoso edificio, ya no quedaban muchas sedes antiguas de bancos en el centro de la ciudad. Se dirigieron al director y este bajó con ellos hasta la cámara acorazada, buscó la caja de seguridad, metió la llave y, con la de la joven, abrieron a la vez la portezuela, después dejó sobre la mesa un cajón de hierro cerrado.

—Si necesitan algo estoy arriba.

—Muchas gracias —comentó la joven.

En cuanto el director hubo salido de la sala, la hija de la actriz abrió la caja. Dentro había varios dosieres en papel, unas cintas grabadas de vídeo y casetes, además de un *pendrive* con forma de conejito de playboy.

—Mi madre siempre con estos detalles —comentó mientras sujetaba el pendrive y esbozaba una sonrisa.

—Es mejor que no regreses a tu casa ni a la de tu madre, puede que los que han matado a tu madre te hagan algo a ti.

—Entonces, ¿sí cree que ha sido un crimen?

Adela se encogió de hombros.

—Lo que yo piense no importa. Lo realmente importante es que nos aseguremos de que no te suceda nada y veamos qué hay en esos documentos.

La joven sabía que no le quedaba otra elección.

—No tengo adónde ir.

—Puedes quedarte en mi casa, no es algo muy oficial, pero prefiero que estés allí. Nosotros tenemos que visitar a un hombre, pero antes te dejaremos en la casa. No toques nada hasta que llegue. ¿Me lo prometes?

—Creo que podré soportar la tentación, aunque el forense nos ha dicho que mañana estará el cuerpo y debo preparar el entierro.

Justo en ese momento la joven notó que un nudo se le hacía en la garganta y comenzó a llorar. Adela la abrazó, sabía lo que era perder a un ser querido, el vacío que se producía en el corazón.

—Lo siento mucho.

La joven se secó las lágrimas y después guardó todos los documentos en su mochila.

Salieron del banco y fueron a la casa de Adela, la inspectora la acompañó hasta el apartamento y le dio unas instrucciones.

—No cojas el teléfono, apaga tu móvil, nos pondremos en contacto por este. No abras la puerta a nadie. En unas cuatro horas estaré de vuelta. Hay comida en la nevera, solo tienes que calentarla en el microondas.

—Muchas gracias por ayudarme.

—Es lo mínimo que podemos hacer.

—Me siento perdida con todo esto. Mi madre y yo estábamos muy unidas, a pesar de que no ha sido una madre al uso. Es casi mi única familia. Me voy a sentir muy perdida sin ella.

—Perdí a mi padre hace unos años, es algo que nunca se supera, pero poco a poco notas que el dolor se apacigua un poco.

Adela volvió a abrazar a la joven y dejó la casa, tenía un millón de llamadas perdidas de su tío Cosme, pero no podía contestarle, al menos hasta que regresara aquella noche a casa. Ya había visto la noticia de los inmigrantes quemados en Pan Bendito y sabía que las cosas se iban a poner mucho peor.

23. Africanos

La otra opción que le quedaba era ir a la mayor asociación de inmigrantes del barrio. Apenas había dormido, durante las primeras horas había atendido a algunos amigos de los fallecidos. La gente había traído velas y flores para homenajear a los muertos. Se había personado el alcalde, que jamás pasaba por el barrio, la presidenta de la comunidad, la delegada del gobierno y hasta la secretaria de Estado del Ministerio del Interior. Ni rastro del ministro.

Cosme se acercó hasta el alcalde y varios asesores le pararon en seco.

—Dejadlo, le conozco.

Era cierto, en una recepción, unos meses antes, habían hablado brevemente, había ido como representante de las iglesias evangélicas de su denominación.

—Todo esto podía haberse evitado, sus aliados de gobierno han azuzado a estos perros en contra de los inmigrantes.

El alcalde comenzó a ponerse rojo, después les pidió a todos que los dejaran a solas.

—¿Por qué dice eso? No sabemos qué ha pasado.

—Es el cuarto incendio provocado en el barrio. Todo el mundo sabe que la extrema derecha está detrás, tienen un local cerca donde reparten alimentos, lo lleva un tal Santiago Escuza.

El alcalde parecía sorprendido.

—Le juro que no sabía nada…

—¿Ni lo de los incendios? Era cuestión de tiempo que hubiera víctimas mortales. Ahora no es el momento de lamentarse, denuncie a la extrema derecha y deshágase de esa gente.

—Sus acusaciones son muy fuertes, no creo que haya ninguna conexión entre nuestros aliados de gobierno y esa gente. Extremistas los hay en todas partes.

Cosme comenzó a enfurecerse, cerró los puños y después señaló al edificio calcinado.

—Hay momentos en la vida en los que hay que actuar según la conciencia y no calculando los intereses políticos. Las cosas se van a poner muy feas, si los subsaharianos se ponen a quemar cosas ahora y comienza una guerra en el barrio no venga luego lamentándose, pues si no hacen justicia, se la tomarán por su mano.

—Intente calmar los ánimos y yo presionaré para que se dé con los culpables. Le prometo que caerá sobre ellos todo el peso de la ley.

—También sobre los ideólogos y los que los empujan a hacer esto.

—No se preocupe…

—Sí me preocupo, este es mi barrio, lo he visto morir y renacer en

varias ocasiones, las cosas nunca han sido fáciles aquí, pero gracias a Dios hemos aprendido a convivir en paz. No queremos que venga gente de fuera a azuzar los ánimos y que al final el fuego se extienda a toda la ciudad. ¿Quieren un Madrid envuelto en luchas étnicas?

—Ya tenemos suficiente con las bandas, ya le he comentado que se hará justicia…

Cosme miró escéptico al alcalde, no creía ni una palabra.

—Espero que cumpla su promesa para variar.

El pastor dejó con la palabra en la boca al alcalde y se encaminó hacia la asociación de inmigrantes más grande del barrio. El revuelo en el pequeño local era tremendo. Medio centenar de subsaharianos estaban en la puerta quejándose.

En cuanto Alí vio a Cosme le dejó pasar. El hombre presidía la asociación de africanos, también era un fiel miembro de la mezquita del barrio y ambos se habían visto en algunas ponencias y encuentros interreligiosos.

—¡Qué Dios te bendiga!

—*As-salāmu ʿalaykum*.

Pasaron hasta el despacho del fondo, estaba lleno de cajas y otros trastos.

El hombre cerró la puerta y se sentó. Su túnica completamente blanca contrastaba con su piel negra.

—Dios mío, qué desgracia. Conocía a cinco muchachos, eran buenas personas, con familias que confiaban en ellos y esperaban que los sacaran de la pobreza. ¿No sé cómo ha pasado esto? Nunca pensé que sucedería algo así en España.

—Lo siento mucho, estaba intentando frenar esto, el anterior incendio fue en la casa de una familia de mi congregación.

—No lo sabía.

—El problema es que ahora las cosas están muy tensas.

—Ya ves lo que tenemos en la puerta. Quieren venganza y lo entiendo.

Cosme se encogió de hombros.

—Es justo lo que está buscando la extrema derecha y los fanáticos religiosos. No quiero que Pan Bendito se convierta en un campo de batalla y muera más gente inocente.

—Yo tampoco, hermano.

—Pues tienes que ayudarme. Las asociaciones españolas no están dispuestas a mover un dedo. Me da miedo que tus amigos quieran ir al local de los neonazis y comience una guerra. Contrólalos y yo me encargaré de que se haga justicia.

—Ok, pero con una condición.

—Lo que me pidas.

—Te ayudará uno de los nuestros, se llama Omar, en Sudán fue

policía, es un tipo muy equilibrado, fuerte, sabe manejar armas y te ayudará en todo lo que le pidas.

—Está bien, pero debe tener claro que no podrá hacer nada sin mi consentimiento.

El hombre salió del despacho y llamó a un hombre corpulento con barba.

—Omar, este es el pastor Cosme, de la iglesia Filadelfia del barrio.

—Encantado —le dijo mientras le extendía su gigantesca mano.

—Vamos a tener mucho trabajo, deja que dirija yo y no habrá ningún problema.

—Llevo dos años en el barrio —contestó Omar.

—Yo toda la vida, no te preocupes, todo va a salir bien.

24. Complicaciones

La mansión de Manuel Soto y Pizarro de Colmenar era de las más impresionantes que había visto jamás. El famoso diplomático y mano derecha del rey emérito había nacido en Ciudad de México en los años treinta del siglo pasado, estaba muy cerca ya de cumplir los cien años. Su padre había sido embajador en la ciudad desde antes de la Segunda República. Entre sus familiares había presidentes de grandes corporaciones, historiadores y abogados. Había venido a España muy joven y había coincidido con el rey emérito en un famoso colegio en el que solían estudiar los hijos de la élite de la ciudad. Luego estudió empresariales en la Universidad Complutense de Madrid y Derecho en Oxford. Durante los años setenta y ochenta había dirigido algunas de las compañías públicas más importantes del país y retomado su amistad con el rey emérito. Desde entonces le había llevado los negocios y se había encargado de ser el intermediario para la compra de petróleo a los países árabes. Al parecer, el rey emérito se llevaba una comisión y no les importaba mucho a ambos que España firmase contratos caros o poco favorables.

La amistad se había roto tras la encarcelación de Soto por un asunto turbio con los kuwaitíes.

Adela y su compañero llamaron a la puerta y les abrió un mayordomo con librea, los llevó hasta la biblioteca y los hizo esperar allí.

—Inspectores, buenas tardes —dijo el aristócrata al entrar en la habitación. Adela había visto fotos del empresario, pero apenas pudo reconocerlo. Tenía la piel amarillenta, los párpados caídos, la cabeza completamente calva y una expresión de fatiga. Por lo contrario, su mente parecía tan lúcida y rápida como siempre.

—Ustedes dirán.

—Muchas gracias por recibirnos —dijo Adela—, ha sido muy generoso por su parte.

—No se lo creerán, pero a esta edad lo único que sobra es tiempo. Ya nadie pasa por aquí, a partir de los noventa te conviertes en un fantasma. La mayor parte de la gente de tu generación ha muerto, también casi todos los familiares cercanos, es como si la muerte fuera cercándote hasta que aceptaras sin condiciones la rendición. Conmigo lo tiene difícil, siempre fui algo solitario. Tengo cinco hijos y tuve dos esposas, pero prefiero estar solo con mis libros.

—Tiene una impresionante biblioteca —comentó Shawn.

—Algunos son incunables, pero no quiero entretenerlos en demasía. Ya les he dicho que para los viejos el tiempo está detenido.

—Es por su relación con nuestro antiguo monarca.

El rostro del aristócrata no pudo evitar expresar algo de fastidio, como si la simple mención de su nombre le molestara.

—Bueno, lo cierto es que hace mucho tiempo que no nos vemos, unos quince años aproximadamente. Las cosas entre nosotros no acabaron bien. Vienen por lo de sus amantes. ¿Verdad?

Adela afirmó con la cabeza.

—El antiguo rey siempre tuvo dos defectos o pasiones, según se mire: las mujeres y el dinero. En eso nunca ha sido un Borbón muy original —dijo antes de soltar una carcajada—. Yo conocí a su padre y era muy parecido, se casó por obligación con su prima hermana y tuvo numerosas queridas.

—Entiendo.

—Las amantes de mi amigo fueron muy numerosas, fue muy precoz en ese sentido, al fin y al cabo, estaba solo en Madrid, sin una familia que le cuidase; le supervisaba un intelectual ultraconservador y fue educado en una finca del marqués de Urquijo con ocho hijos de grandes de España. Nada en la vida de este hombre ha sido normal.

—¿Conoció a Clarise?

—Ella estaba entrando en su vida y yo saliendo, en cierto sentido me sustituyó, ella le llevó muchos negocios tras mi desaparición, aunque me temo que no le fue tan fiel como yo. Es una pena lo de su suicidio, si es que fue tal, porque me extraña que hayan venido solo por eso.

—¿Quién podría desear su muerte?

—La misma Clarise declaró que le director del CNI la amenazó de muerte en 2012.

—Bueno, ella ha dicho muchas cosas —contestó Shawn.

El aristócrata frunció el ceño por la interrupción del joven.

—Aunque cabe otra posibilidad, el rey emérito tenía la famosa Guardia Real, había un sargento llamado Marcial Pons que parecía una extensión suya.

Adela tomó nota.

—Me imagino que hace tiempo que se jubiló.

—¿Por qué le ha venido su nombre a la cabeza?

—Hubo un episodio en 2007 muy curioso, tras la discusión del rey con el presidente venezolano Hugo Chávez: al parecer un fanático o un agente del país intentó atentar contra el rey y él le defendió y sufrió varias heridas. Ya les digo que era un fanático.

—Creo que esta información nos puede ser de utilidad.

—Bueno, ha sido agradable recordar los viejos tiempos, eso es lo único que les queda a los ancianos. Recuerdos.

—Lo entiendo —dijo Adela dándole la mano.

—Tengan cuidado con el guardia real, ese Marcial Pons es un mal bicho, muy peligroso y entrenado para matar.

—Lo tendremos —contestó Shawn.

—No saben dónde se están metiendo, este país tiene muchas alcantarillas y lugares oscuros, les advierto que van directos al abismo.

—Gracias por el consejo —dijo Adela.

En cuanto entraron en el coche Shawn comenzó a quejarse.

—No me gusta nada la gente como esta, se creen siempre por encima de los demás.

—Puede que tengas razón, pero será mejor que sigamos su consejo y, sobre todo, que tengamos mucho cuidado.

25. La guarida

Cosme no sabía si era mejor ir al centro social que tenía la ultraderecha en el barrio o investigarlos secretamente. Al final optó por la segunda opción. Omar y él estuvieron vigilando el local hasta que Santiago Escuza salió del edificio. Necesitan encontrar su conexión con el partido de extrema derecha.

Durante algo más de media hora siguieron al vehículo hasta el barrio de Hortaleza, se detuvo frente a una casa de reciente construcción cerca de la Gran vía de Hortaleza y llamó a la puerta. Entró en el jardín y se perdió dentro de la alta tapia.

—¿Cómo podemos ver algo de la casa?

El musulmán señaló la iglesia que estaba cercana.

—Conozco al pastor, a lo mejor nos deja observar desde arriba.

Llamaron a la puerta y los recibió el hombre.

—Hombre, Cosme, qué alegría verte.

—¿Podríamos mirar desde una de las ventas de arriba?

El pastor frunció el ceño.

—Hacía tiempo que no me habían preguntado algo tan extraño y te aseguro que me han dicho casi de todo.

Subieron hasta la capilla y se asomaron por el ventanal.

—Os dejo que tengo mucho trabajo. Estoy en el despacho si necesitáis algo.

En cuanto los dos hombres se quedaron a solas comenzaron a mirar la casa de al lado. Desde allí se observaba el despacho.

—¿Quién es? —preguntó Omar.

—Creo que le he visto antes, pero no sabría decirte.

Hicieron unas fotos y después bajaron hasta la entrada, se despidieron del pastor de la iglesia y se metieron en el coche. Cosme miró en el teléfono hasta encontrar el rostro del hombre que había ido a ver a Santiago Escuza.

—¡No me lo puedo creer!

—¿Quién es? —preguntó Omar.

—Es uno de los asesores del partido de extrema derecha.

Los dos hombres tenían varias fotos que conectaban a Santiago Escuza con el partido, pero todavía no podían probar que los causantes del incendio fueran los hombres de Escuza.

Bárbara, la hija de la amante del rey asesinada, después de comer y dormir un poco se había dado una ducha. No había querido leer nada de los dosieres, pero al no tener teléfono no sabía cómo matar el

tiempo.

Al final optó por poner la televisión, pero todo el rato se hablaba de la muerte de su madre, conectó por internet con una de las plataformas de televisión y comenzó a ver una serie. Estaba comenzando a relajarse cuando escuchó que alguien estaba intentando abrir la puerta. Se asustó, tomó un cuchillo y se escondió en un cuarto.

Sentía que el corazón le latía a mil por hora. Respiró hondo y escuchó unos pasos que se aproximaban, se detuvieron justo delante de la puerta. La chica estaba tan asustada que le temblaban las manos. Alguien comenzó a abrir la puerta, Bárbara levantó el cuchillo, estaba dispuesta a todo por sobrevivir. La hoja de la puerta comenzó a abrirse y ella dio un grito antes de bajar el cuchillo para acabar con el intruso, pero este logró parar el golpe.

3ª PARTE: EL PLAN

26. Secretos de Estado

Francisco Ayala estaba comenzando a ponerse nervioso, el nombre del CNI aparecía relacionado con la muerte de las dos examantes del rey y eso no era bueno, lo último que deseaba era que el presidente le llamara al orden. Tenía sesenta y tres años, una hoja de servicios impecable y no deseaba terminar su carrera con deshonor.

Los servicios secretos habían ido un paso por delante de la policía para ocultar pruebas, pero ahora también estaba en el ajo el comisario Villatoro, al que había expuesto en varias ocasiones y que odiaba al CNI y especialmente a él, lo que no solo complicaba las cosas, las convertía en una verdadera pesadilla.

Al mismo tiempo, debía tener vigilado al gobierno y los pasos que pudieran dar para intentar derribar la monarquía y, para colmo la extrema derecha había terminado con la vida de unos doce inmigrantes.

Francisco Ayala reunió a todo el comité de crisis, debían taponar de nuevo la hemorragia de la monarquía y salvar al rey.

—No hace falta nada más que abrir los periódicos para ver cómo están las cosas. Hemos sufrido una pandemia, una crisis de guerra dentro de la Unión Europea, con lo que eso supone para la seguridad nacional, otra con Marruecos y Argel, por no hablar de los escándalos del rey emérito, pero lo que está sucediendo en este momento es la mayor crisis desde el 23 F y el 11 M. Tenemos que eliminar al asesino de las amantes. La operación tendrá el nombre en clave de Cleopatra y debemos hacernos con el culpable antes que el gobierno y la policía.

Una de sus colaboradoras más importantes y su posible sucesora comentó:

—Eso está bien, pero ¿a qué agentes vamos a mandar?

—Ya lo he pensado, creo que nuestros mejores agentes son Úrsula y Ernesto, ya están en ello, pero tenemos que darles carta blanca y esa decisión debe ser consensuada.

La mayoría de los miembros de la dirección se pusieron nerviosos y un murmullo recorrió la sala.

—Eso significa autorización para matar —dijo la mujer.

—Sí, el asesino debe ser eliminado y cualquiera que se interponga en la investigación detenido y desprestigiado, caiga quien caiga. Está en peligro la esencia misma del Estado, esto no es solo un problema coyuntural. El presidente y sus socios van a por la monarquía y debemos hacer lo posible para detenerlos.

27. La visita

Celi se dio un susto de muerte cuando vio a aquella chiquilla con el cuchillo. Desde hacía meses iba a la casa de su hija a limpiar pero no le había dicho nada, era su forma de mostrarle su cariño y quitarle un poco de estrés a Adela. También estaba más entretenida y no le daba tantas vueltas a la cabeza.

—¿Quién eres tú?

—Bárbara —dijo la chica algo avergonzada, ya que casi se carga a la mujer.

—Yo soy la madre de Adela, no me ha dicho nada…

—Fue algo improvisado, me comentó que regresaría pronto.

—¿Qué has comido criatura?

—No se preocupe, calenté algo que había en la nevera.

—No, deja que te haga una buena tortilla española.

La mujer se metió en la cocina y comenzó a preparar la comida.

—Así, cuando regrese Adela tiene algo para cenar. Esa chica no se cuida, se está quedando en los huesos. Trabajo, trabajo y trabajo, parece que no hay otra cosa en su cabeza. Aunque lo entiendo, la pobre lo ha pasado muy mal.

En ese momento Celi se dio cuenta de quién tenía delante.

—Pero bueno, tú eres la hija de Beatriz Vernal, creo que alguna vez te he visto en algún programa de Tele5, no es que yo vea mucho ese tipo de cosas, pero sabía que te había visto en alguna parte. Lamento mucho lo de tu madre, ha sido una desgracia.

Bárbara intentó no llorar, pero terminó rompiéndose de nuevo, se sentía totalmente superada por sus circunstancias.

—Hija, lo siento mucho, Dios te ayudará a superarlo —le dijo mientras la abrazaba.

Las dos se fundieron en un abrazo y justo en ese momento llegó Adela.

—Veo que ya os conocéis. No sabía que ibas a venir.

—No sabía que necesitaba permiso.

—No lo necesitas, pero una tiene su vida privada y…

Celi arqueó las cejas.

—Bueno, termino la tortilla y me marcho, que no quiero molestar, además tengo a toda la familia de Toñi en casa, mañana ya se van a una casa provisional, la verdad es que me están volviendo loca entre todos.

Adela dio un beso a su madre.

—Gracias mamá, perdóname, pero he tenido un día de locos.

Las dos mujeres se fueron al salón, comenzaron a mirar los papeles y después a escuchar las cintas. Al parecer, la famosa actriz había

grabado al famoso Francisco Ayala amenazándola de muerte, pero también conversaciones con el viejo rey que implicaban en casos de corrupción a muchos empresarios famosos, la mayor parte de los casos habían caducado, pero podían destruir su reputación para siempre.

—Todo esto es una bomba, el viejo rey no dejaba de hablar mientras…, ya me entiendes —dijo Adela.

—Se sentía impune, imagino y mi madre siempre supo que necesitaba protegerse de esa gente poderosa, aunque me temo que no le sirvió para mucho.

—Le ha protegido durante todos estos años, pero el que la ha asesinado tenía en mente otro plan.

—¿Cuál?

—Esa es la pregunta del millón, tengo la sensación de que tiene que ver con la venganza, no parece un plan premeditado y estudiado.

Bárbara no supo qué responder, a ella lo único que le importaba era sentirse segura e intentar recuperar su vida.

—¿Qué vamos a hacer con todo esto?

—Tu madre nos ha hecho un regalo, es un as en la manga, si los servicios secretos o el gobierno intentan echar tierra sobre el caso, siempre les podemos amenazar con esto.

—Pero eso no será muy seguro.

Adela se encogió de hombros.

—Son personas muy influyentes y poderosas, pero su punto flaco es la reputación, justo lo que nos puede ayudar a nosotros a frenarlos y dar con el asesino de tu madre.

28. Úrsula y Ernesto

Los dos agentes del CNI habían seguido a los inspectores asignados al caso, sabían todos sus movimientos y ahora conocían que la hija de la actriz los había llevado hasta la caja. Su jefe hacía tiempo que sospechaba de la existencia de aquel tesoro incalculable de información que podía terminar con la mitad de la élite económica y política de España. Debían recuperar la caja como fuera y después encargarse del asesino de las amantes.

Úrsula miró con sus prismáticos y comprobó que las dos mujeres seguían en la casa.

—En cuanto salgan nos hacemos con todo —comentó Ernesto. Ella no le hizo el menor caso, llevaban más de una década trabajando codo con codo, pero seguía sin soportarlo, aunque tenía a su favor que era muy buen amante.

—Bueno, no va a ser tan fácil, esa Adela Palazuelo no es la típica policía, tiene más cerebro que la media.

—Aunque eso no es mucho decir —dijo el hombre con su sonrisa irónica.

Ernesto miró en su tablet todos los datos de los forenses, las pruebas y el resto de la información, era lo bueno de ser agente del CNI, ninguna información estaba vedada para ellos.

—¿Quién crees que es el asesino?

—Bueno, caben muchas posibilidades, aunque siempre es la más plausible. ¿No crees?

El agente miró a la mujer, Úrsula siempre contestaba a una pregunta con otra. Su sangre y flemas gallegas la convertían en un verdadero enigma, era muy difícil saber a ciencia cierta lo que pensaba.

—Podría ser el antiguo escolta del rey.

—Podría ser —dijo Úrsula sin mucho entusiasmo.

—Pero crees otra cosa.

—Esto no va de creer o no creer, necesitamos tirar de esta madeja que parece tan enredada.

—¿Crees que el asesino matará a alguien más?

—Me temo que sí, todavía no ha terminado su obra.

29. El contacto

Cosme fue a la casa de su sobrina, era la única forma de ponerse en contacto con ella. Se sorprendió cuando, al llamar a la puerta, le abrió su cuñada.

—¿Qué haces aquí?

—Eso mismo podría preguntarte yo.

—¿Cómo está Toñi y su familia?

—Ellos bien, pero a mí me van a volver loca.

—Mañana mismo se van, no te preocupes. Son demasiados niños en un piso tan pequeño.

—Tienes razón, Cosme, pero en nuestra época se tenía a los niños más controlados.

—Sí, es cierto. No os he presentado, este es Omar, me está ayudando con lo de los incendios a las casas ocupadas.

Celi cambió el semblante, se ponía en la piel de todas esas madres que habían perdido a sus hijos y no volverían a verlos más. Sabía que no había un sufrimiento mayor que ese.

Cosme pasó hasta el salón, su sobrina estaba con una chica joven.

—Perdona que venga a tu casa sin avisar, pero necesitamos tu ayuda.

—Ya he visto lo que ha pasado en el barrio. Podéis hablar delante de ella, es de confianza.

—Sabemos quién está detrás de todo, es un tal Santiago Escuza, un neonazi que perteneció hace unos años a la Falange y por lo que hemos visto tiene relación con uno de los asesores del partido de extrema derecha.

Cosme le enseñó las fotos que habían hecho de los dos en el despacho del asesor.

—Bueno, esto no demuestra que ellos hicieran algo delictivo.

—Por eso te necesitamos, tú puedes encontrar las pruebas. Nosotros dos no somos policías.

Adela se frotó la frente.

—Estoy en un caso muy peligroso y difícil. No creo que pueda.

—El barrio se encuentra al borde del colapso, si no damos con los culpables comenzará una guerra entre africanos y neonazis y más gente inocente moriría —comentó su tío.

—Puedo recomendarte…

—Quiero que seas tú, no confío en nadie más. Omar y yo te ayudaremos en todo lo que podamos.

La inspectora gitana miró a Bárbara, después a su tío y al final les dijo:

—Está bien. Dejaremos a mi amiga con mamá e iremos a hacer unas

indagaciones, pero no puedo ayudaros demasiado.

—Gracias —dijo Cosme mientras abrazaba a su sobrina. Sabía que al final cedería, en el fondo de su corazón seguía amando a Pan Bendito, aquel era un barrio que te atrapa y ya no te permite escapar nunca más de su hechizo.

30. La tercera

Marcela Gayo era una mujer atractiva a pesar de sus casi sesenta años, el pelo negro apenas estaba invadido por las canas, sus ojos marrones brillaban como el primer día que el rey la vio en Mallorca y mantenía un envidiable buen tipo.

La reina de las Baleares, como muchos la llamaban, llevaba un par de meses en la capital. Sus negocios de joyería de lujo requerían que siguiera viajando constantemente. Su actual esposo era un importante empresario dedicado a la fabricación de yates, pero se veían poco, tal vez aquel era el secreto del éxito de su matrimonio.

Marcela se levantó de la cama totalmente relajada, su último amante, un mulato brasileño había sido espectacular, después decidió darse una ducha y bajar a cenar al restaurante del hotel. No le gustaba comer en soledad, por lo que había invitado a un viejo amigo a la cena, su antiguo amante el rey emérito. El director les había buscado una mesa discreta, que se encontraba en una sala contigua, alejado de miradas extrañas.

La mujer se puso un traje negro que le quedaba como un guante, tomó su bolsito y el teléfono y bajó por el ascensor hasta el restaurante.

Era muy pronto, a su viejo amante le gustaba cenar a aquellas horas, por eso recorrió todo el restaurante sin cruzarse con nadie. Cuando llegó a la sala privada, el emérito ya la esperaba. Se puso en pie y le besó la mano.

—¡Qué alegría verte! Echo de menos Mallorca y lo bien que lo pasábamos todos allí, las regatas, las paellas. Joder en mi residencia actual nada es igual.

—Bueno, es el precio por tus pecados —bromeó la mujer.

—No, es el precio de la Corona, siempre ha sido una maldición en mi familia. La gente piensa que es fácil ser rey pero, ¡qué ostias!, reinar es como tener un dolor de muela constante.

Los dos amigos comenzaron a charlar, recordando los viejos tiempo y poniéndose al día de sus vidas.

—Ahora por lo menos puedes venir a España.

El rey emérito arqueó las cejas.

—Bueno, creo que no será por mucho tiempo, los de Hacienda siguen tocándome los cojones y ahora está lo de…

—Ya lo he leído, esa mujer nunca fue de fiar, los alemanes son fríos como témpanos, yo conozco a muchos en Mallorca. La actriz tampoco era trigo limpio, nunca estuvo a tu altura.

—Ya sabes que para algunas cosas siempre he sido campechano —bromeó el hombre—, pero contigo tuve la fruta más dulce y exclusiva

de las Islas Baleares.

Marcela se sintió halagada, su juventud se había escapado tan rápido y su belleza se encontraba en un claro declive.

—Todos envejecemos muy rápido, la senectud es el peor de los pecados.

—Eso es cierto, querida. Daría toda mi fortuna y pasado por volver a tener veinte años.

Les trajeron el vino y el primer plato. Estaba siendo una cena muy agradable y parecía que el rey emérito podía relajarse de nuevo, tras una semana terrible.

—¿Quién puede estar detrás de las muertes?

—Yo creo que el gobierno, esa gente odia a la monarquía y es capaz de cualquier cosa para quitarse de encima a mi hijo. Ya sabes que es un buenazo y los buenazos no duran mucho en el poder, menos mal que su mujer es más viva. Si la mía hubiera sido así a lo mejor no me hubiera ido con otras.

A Marcela le sorprendió el cinismo del emérito. Ella conocía muy bien a su mujer, era una persona luchadora que no había tenido una vida sencilla, en el fondo la admiraba.

Los camareros trajeron el segundo plato y los dos viejos amantes comenzaron a ponerse cariñosos.

—Bueno, si quieres venirme a ver a mi exilio dorado.

—En cuanto tenga un hueco en la agenda iré por allí, necesito tomarme un respiro, nunca había tenido tanto trabajo, cuanta más crisis mejor les va a mis clientes habituales.

La mujer comenzó a toser, notaba una fuerte opresión en el pecho.

—¿Te encuentras bien?

—No sé qué me pasa —dijo mientras comenzaba a ponerse morada y notaba que le faltaba el aire.

El rey emérito se puso en pie e intentó colocar a la mujer con la cabeza boca arriba, pero cada vez se asfixiaba más.

—¡Ayuda! —gritó el hombre y enseguida llegaron dos camareros.

—¿Qué sucede?

—Se ahoga —dijo el rey.

Los dos hombres intentaron reanimarla, pero no parecía que se hubiera ahogado con nada.

Uno de ellos tomó el teléfono y llamó a emergencias, el otro fue en busca del médico del hotel. Cuando este llegó la mujer estaba tumbada en el suelo con los ojos inyectados en sangre.

—¡Es una reacción alérgica! —gritó mientas sacaba de su maletín adrenalina y Urbasón. Se lo inyectó rápidamente y la mujer comenzó a respirar mejor.

—¿Qué le han puesto en la comida? Es alérgica a los piñones.

—Lo sabíamos, Majestad —le dijo el metre.

Una ambulancia llegó al poco tiempo y se llevaron a la mujer al hospital. El rey emérito dejó discretamente el hotel, sabía que aquello no había sido ningún accidente. Por alguna razón alguien quería asesinar a todas sus antiguas amantes.

31. Arrepentimiento

Adela se encaminó con su tío Cosme y Omar hasta la zona cercana al local de los neonazis. No sabía mucho del caso, apenas había leído los titulares en los periódicos, pero era consciente de que la única forma de conseguir inculpar a Santiago Escuza era haciendo que alguno de sus hombres hablara. El grupo quería clausurar el local lo antes posible, los inmigrantes subsaharianos estaban furiosos y temían un ataque inminente. Varios hombres estaban llevándose todas las cosas de valor y colocándolas en una furgoneta.

—Tenemos que seguirlos y después buscar el eslabón más débil, si le prometemos un buen trato traicionará a sus compañeros.

—¿Estás segura? Esta gente es muy fanática.

—Sí, a la mayoría se le quita toda la tontería en cuanto se da cuenta de que puede salvar el pescuezo.

La furgoneta serpenteó hasta un polígono industrial en Carabanchel, llamado el Aguacate. Allí abrieron una nave, metieron la furgoneta y después el grupo de dispersó, tres de los hombres se dirigieron a un bar para tomar algo, pero el cuarto, que parecía más joven, se marchó hacia su casa en Marqués de Vadillo.

Adela, Cosme y Omar le siguieron, cuando el chico iba a entrar a su portal le abordaron.

—¡Quieto, policía!

El chico se quedó paralizado.

—No he hecho nada —dijo asuntado.

Le metieron por la fuerza en el coche y se lo llevaron hasta un lugar solitario cerca del río.

—Sabemos lo que pasó. ¿Sabes cuánto te puede caer por homicidio? Al menos veinte años. Habéis matado a doce personas.

—No sé de qué me habla —dijo el joven a la inspectora.

—¡Hijo de puta! ¡Habéis matado a doce de mis hermanos!

El gigante le tomó de una pierna y lo suspendió en el vacío, el río circulaba helado a unos cuatro metros de la valla de piedra, la caída era mortal.

—¡No me suelte!

—¿Quién mató a los inmigrantes? —preguntó Cosme.

—¡Por favor, no permita que me mate!

—¿Quién fue? —le insistió Cosme.

—Queríamos asustar a los inmigrantes y acabar con los okupas, Santiago nos ordenó hacerlo…

—¡Sácale de ahí! —ordenó el gitano a Omar.

El gigante dejó de nuevo al joven en el suelo.

—Si declaras contra él, el juez te rebajará la pena a un par de años,

en seis meses podrás salir por buena conducta y la policía te dará protección.

—La gente para la que trabaja Santiago es muy peligrosa, me encontrarán y acabarán conmigo.

—Nosotros te protegeremos, si no irás a la cárcel y te pasarás diez años de tu vida —le dijo Adela.

—Pero… Está bien, me tiene que dar garantías un juez y entonces hablaré.

Llevaron al joven hasta la comisaría de Adela, mientas le tomaban declaración, la inspectora mandó detener a Santiago, un par de horas más tarde todos los implicados se encontraban detenidos.

—Gracias por todo —comentó Cosme a su sobrina.

—No me des las gracias, todavía no tenemos mucho contra ellos, únicamente el testimonio de un arrepentido que se puede echar para atrás en cualquier momento.

—Bueno, por algo hay que empezar, al menos ya no se sentirán tan impunes. Voy a filtrar las fotos que hicimos a la prensa.

—Es demasiado pronto, tío, si lo haces y sueltan a Santiago no habrá servido para nada todo esto.

—Al menos pararemos la ola de violencia que está a punto de desatarse en el barrio.

—Espera, ten paciencia.

Le sorprendía que su sobrina le hablara de aquel modo, ella nunca se había caracterizado por ser una persona paciente.

—Está bien, creo que puedo esperar cuarenta y ocho horas, intentaré que Alí frene cualquier intento de venganza de los africanos.

32. Bárbara

La chica no lo vio llegar, media hora antes se había marchado Celi y se había quedado sola. El hombre entró en la casa, tomó todos los archivos y dosieres y se la llevó a punta de pistola. Cuando llegó a la calle, logró introducirla en su coche antes de que los agentes del CNI pudieran reaccionar.

El comisario Villatoro salió a toda velocidad de la calle, la chica estaba encerrada en su maletero, ya pensaría cómo librarse de ella, pero ahora tenía el famoso archivo con el que la antigua diva había amenazado al rey emérito, si lo entregaba al gobierno no tardarían en cortar la cabeza del actual monarca y a él le darían una medalla y, sobre todo, el retiro dorado que tanto deseaba.

El comisario llegó a las inmediaciones de la mansión en la que se alojaba el ministro de Interior. En el gobierno había al menos diez que habían usado su derecho a vivir en una residencia oficial sin pagar un solo gasto. El inmueble estaba a cargo del casi desconocido Instituto de Vivienda, Infraestructura y Equipamiento de Defensa.

—Estoy fuera con el regalo —dijo el comisario por el teléfono al ministro.

—¿Por qué ha venido aquí?

—¿Prefiere el ministerio?

El ministro autorizó la entrada del comisario, dejaron el coche en el aparcamiento, el hombre sacó a la chica y todo su botín. Después se acercaron a la casa.

El ministro vestía un batín de seda, parecía que terminaba de salir de la piscina climatizada.

—¿Por qué la has traído aquí? —le preguntó al ver a la chica.

—Ella ha visto todo lo que tenía su madre, debemos hacerla entrar en razón.

—¿Qué información?

El comisario le entregó un listado.

—¡Joder! Esto es una bomba.

—Sí, pero debe emplearla con precaución, ahora su jefe tiene agarrados por los huevos a todos los poderosos del país y la monarquía en sus manos, como quería.

El ministro se llevó a un lado al comisario.

—¿Cree que la chica aceptará dinero?

—Está muy asustada, aceptará dinero y un billete de ida a algún paraíso lejano, estoy seguro. Si no lo hace, le dejaré claro que terminaré con ella.

—Bien, ¿está todo aquí?

—Sí, pero también quiero mi parte. Esto es mucho más gordo de lo

que imaginaba. Un retiro dorado, tranquilidad e inmunidad para el resto de mi vida, he tenido que barrer demasiada basura.

—De eso no se preocupe. Hágase cargo de ella.

El comisario le observó algo sorprendido.

—¿Qué quiere decir?

—No quiero que aparezca dentro de diez años soltando mierda. Hay un asesino suelto, si la elimina podremos echarle el muerto, nunca mejor dicho.

—Eso les va a costar mucho más caro.

—Por eso no se preocupe, jamás volverá a pensar en el dinero. Que parezca un accidente, pero que lo puedan relacionar con el resto de las muertes. Al parecer, acaban de intentar asesinar a otra de las amantes del viejo rey. Creo que la monarquía parece dispuesta a hundirse ella solita.

El comisario salió de la sala y metió de nuevo a la chica en el coche. Salió del edificio, no le gustaba matar a personas como Bárbara, jóvenes, inocentes y cuyo único error era encontrarse en el lugar y momento inadecuado, pero eran gajes del oficio, al fin y al cabo, él no daba las órdenes.

33. La pista

Adela no regresó a su casa aquella noche, se había enterado de lo sucedido en el restaurante y obligó a los trabajadores a declarar esa noche. Shawn llegó al hotel poco tiempo después que ella. La inspectora estaba interrogando al metre, los cocineros y a los camareros que habían servido a la pareja.

—La víctima había advertido sobre sus alergias. ¿Verdad?

—Sí, señora. Sabíamos que su alergia a los piñones era muy grave —comentó el metre.

—Entonces, ¿qué sucedió?

—Nosotros servimos todo sin piñones, pero alguien debió manipular la comida.

—¿Hay cámaras en la cocina y el salón?

—No, pero sí en el pasillo y en el callejón de detrás.

Los dos inspectores fueron con el metre hasta la sala de control, examinaron todas las grabaciones hasta que dieron con una persona vestida de cocinero, pero con el gorro no se le veía bien la cara.

—Nos llevamos las grabaciones y las analizaremos —dijo Adela al hombre.

Los dos inspectores regresaron a donde estaba el resto de los camareros y los interrogaron de nuevo.

—¿Vieron a alguien extraño en la cocina?

Todos negaron con la cabeza menos una joven pinche que frunciendo el ceño les dijo:

—Bueno, yo sí vi a alguien que no me sonaba la cara. Era una mujer, tenía el pelo recogido y rubio, ojos claros, piel blanca y de mi estatura más o menos.

—¿Podría reconocerla si la volviera a ver? —preguntó Adela.

—Creo que sí.

Los dos inspectores dejaron el hotel, en cuanto llegaron al coche Adela le dijo a su compañero:

—Creo que nos falta interrogar a la persona que sin duda conoce al asesino o la asesina.

Shawn la miró intrigado.

—¿A quién?

—Al rey emérito.

34. Su Majestad

Adela sabía que no era buena idea interrogar a un rey, pero en el fondo era el único que podía ponerlos sobre la pista del verdadero sospechoso. La inspectora llamó a su superior y le pidió que les diera permiso. El comisario Peral llamó al delegado del Gobierno y este al ministro, al final recibieron la autorización, el rey emérito ya no tenía inmunidad por su cargo y no podía negarse a recibirlos.

Llegaron a su residencia, en un edificio pequeño dentro del complejo de la Zarzuela, pero alejado de los dos palacetes principales. Un miembro del servicio los recibió y los llevó por un largo pasillo hasta una sala de lectura, el viejo rey no era muy aficionado a ella, pero le gustaba ver partidos de fútbol en el televisor que había instalado allí. Entraron en la sala y los miró con cierta indiferencia.

—Majestad, los inspectores de policía…

—Ya sé quiénes son, me avisó el secretario del ministro—comentó el emérito con poca gana.

—Seremos breves, imaginamos que estará cansado —dijo Adela al monarca.

—Ha sido una noche de emociones fuertes, se lo aseguro, aunque no sé en qué puedo ayudarles.

—Unas preguntas.

Ninguno de los dos se decidió a sentarse, desconocían el protocolo.

—Siéntense, ya no estamos en el siglo XVI —bromeó el anciano.

—Al parecer le dio una grave alergia a la acompañante de su cena y…

El viejo rey intentó no llorar, únicamente lo había hecho en público en el entierro de su padre, el conde de Barcelona.

—Marcela Gayo, era una buena amiga, es la tercera que pierdo esta semana. Es cierto que a esta edad uno debería estar acostumbrado, pero cómo alguien puede acostumbrarse a algo así.

—Creemos que no ha sido un accidente, una persona misteriosa manipuló su comida, introdujo piñones, lo que supone un intento claro de asesinato. Tampoco la muerte de las otras mujeres fue casual.

El rey no parecía sorprendido.

—¿Por qué piensa que está sucediendo todo esto?

—Puede que Dios me esté castigando por una vida larga y poco edificante. Es muy sencillo juzgar a un servidor público, pero no es tan sencillo ponerse en su piel. Yo nací para ser rey, es de las pocas profesiones que se heredan de padres a hijos, antes era algo mucho más común, ahora somos una especie en extinción. A veces me pregunto si mi nieta llegará a reinar. Si no lo consigue será una pena, sería la tercera reina que lo hiciera sobre toda España.

—¿Hay alguien que desee su mal? —preguntó Adela.

El emérito sonrió por primera vez.

—La lista es tan larga que podríamos pasarnos toda la noche enumerando a todos ellos.

—Ya me entiende, alguien que pudiera estar furioso de verdad.

El monarca se quedó pensativo.

—Algún marido despechado, varios políticos desairados, trabajadores descontentos. Es muy difícil saberlo, soy demasiado viejo y me ha dado tiempo para hacerme muchos enemigos. Si nadie te envidia ni te odia es que eres un mediocre. ¿No cree?

—¿Alguna mujer?

Aquel comentario pareció dejarle más pensativo.

—A las mujeres siempre he intentado dejarlas satisfechas, entiéndame bien —dijo el rey picarón.

—No estamos aquí para jugar, Majestad, están muriendo mujeres inocentes.

El hombre se puso muy serio.

—Una de las mujeres que más me odia, además de mi esposa, es Mónica Santamaría, fuimos amigos hace mucho tiempo, tal vez le hice demasiadas promesas que no cumplí y ella no lo entendió.

—¿Dónde está? ¿Ha sabido algo de ella en todos estos años?

—Nada, bueno, una vez la vi en una recepción en palacio, me extrañó, ya que llevaba mucho tiempo fuera de los actos sociales. Se le murió una hija de cáncer y otro de sida, creo. Siempre se sintió mal por ello, pensaba que era un castigo de Dios por su juventud disoluta. Qué estupidez, no creo que Dios ande buscando esas cosas, imagino que tiene asuntos más importantes que resolver.

Shawn frunció el ceño.

—Todo lo que hacemos tiene consecuencias —dijo el inspector.

—¿Está seguro? Puede que sí, pero en muchos casos tanto el bien como el mal que hacemos le pasa desapercibido a la mayoría de la gente.

—¿Alguien más?

—Bueno, uno de mis hombres de confianza desde hace mucho tiempo. Manuel Soto y Pizarro de Colmenar.

Los dos inspectores se miraron sorprendidos.

—Imagino que ya han hablado con él, es un tipo escurridizo, tan viejo que casi puede parecer inocente, pero no lo es.

—¿Por qué iba él a matar a sus…amigas? —preguntó Adela.

El rey emérito los miró con sus ojos vidriosos, todavía guardaba cierto embrujo a pesar de la edad.

—El viejo Manuel siempre me tuvo envidia, desde crío. Cuando comencé mi amistad con Clarise se enfadó mucho.

—¿Por qué iba a hacer daño a esas mujeres? —preguntó Shawn.

—Porque en el fondo sabe que así me robaría las dos únicas cosas que me han importado en la vida, además de mis hijos y nietos, la continuidad de mi dinastía y a las mujeres que he amado.

35. Accidente

El comisario Villatoro sabía que hay más de cien formas de morir y muchas más de asesinar, lo verdaderamente complicado era hacer el crimen perfecto, tal vez porque este no existe en realidad. La chica estaba de nuevo en el maletero, la mejor forma de deshacerse de ella era llegar hasta el viaducto y lanzarla desde allí. La mayoría de la gente pensaría que tras la muerte de la madre la joven no había podido resistirlo y se había quitado la vida.

El comisario paró al lado del viejo viaducto, decenas de personas, en todas las épocas, se habían suicidado en él, por eso habían puesto un cristal que dificultaba en parte que las personas se arrojaran. El hombre sacó a la chica, antes le había obligado a tomar algo para que perdiera en parte la consciencia y estuviera aturdida.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Tranquila, todo está bien.

El hombre acercó a la joven hasta el cristal, después la tomó de los pies y la aupó, pero justo en ese momento aparecieron los dos agentes del CNI. Úrsula sujetó a la chica y Ernesto intentó neutralizar al hombre agarrándolo, este rápidamente sacó su arma y le disparó a quemarropa. El agente lo soltó y cayó al suelo, el comisario aprovechó para escapar y subirse de nuevo al coche.

El agente se puso de pie, estaba muy dolorido, pero el chaleco antibalas le había salvado la vida.

Úrsula apoyó a la chica en el cristal y sacó su arma, ambos comenzaron a disparar a las ruedas del coche, que perdió el control y comenzó a moverse en zigzag hasta que se precipitó al vacío. Apenas tuvo tiempo el comisario de pensar en su destino, llevaba toda la vida mintiendo, robando y matando para tener una jubilación placentera, pero ahora lo único que podía esperar era la muerte o la cárcel. ¡Maldito destino!

36. Misericordia

Cosme vio cómo detenían a Santiago Escuza y al resto de sus hombres. Más tarde llamó a su amigo el policía, que le contó que los estaban interrogando. Lo único que tenía el testigo era el testimonio del arrepentido. Debian encontrar algo más. Decidieron ir al local donde habían dejado la furgoneta los neonazis. Omar abrió la puerta con cierta facilidad y vieron que la nave estaba completamente vacía y que únicamente se encontraba el vehículo, justo en el centro. El africano abrió la puerta de atrás y vieron lo que tenían escondido los neonazis.

—Esto podría ayudar, no lo toques —dijo Cosme mientras señalaba el líquido inflamable en varios bidones de plástico.

Llamaron a la policía y salieron del local, no querían que los acusaran de allanamiento. Cuando llegó la policía abrieron el local y registraron la furgoneta. Tenía que haber huellas de los pirómanos por todos los lados. Aquello era suficiente para incriminarlos de verdad.

Omar y Cosme regresaron al barrio, estaban agotados, pero satisfechos por poder haber resuelto el caso. Se encaminaron al local de la asociación de inmigrantes. Alí los esperaba.

—¡Tenéis que ayudarme!

—¿Qué sucede?

—Un grupo de inmigrantes va hacia la comisaría, quieren prenderle fuego.

—¿Algunos de tus hombres podrían ayudarnos?

Alí apenas contaba con media docena contra una turba de más de quinientos.

Tomaron los coches y enfilaron a toda prisa hacia la comisaría, llegaron antes que los manifestantes y atravesaron los coches en la calle principal. La policía había sido alertada y los antidisturbios ya estaban situados frente a la puerta de la comisaría.

Alí se acercó a los manifestantes y levantó las manos.

—Hermanos, han capturado a los culpables y serán juzgados, es mejor pedir justicia que venganza.

—¡Estamos hartos del trato de la policía y de esos racistas! —gritó uno de los cabecillas.

—Si comienza una guerra morirá mucha gente inocente —les advirtió Alí.

—Ya ha muerto demasiada. Ellos deben pagar —dijo otro de los manifestantes.

El grupo comenzó a avanzar y Cosme levantó las manos.

—Omar y yo hemos ayudado en la captura de los culpables, hay muchas pruebas contra ellos. Se hará justicia, también quemaron a

una familia gitana. Estoy igual de indignado que vosotros, uno de los vuestros iba a mi iglesia.

La turba se paró por fin y comenzó a tranquilizarse.

—¿Cómo podemos estar seguros? —preguntó uno de los que estaban en la primera fila.

—Tenemos que esperar —contestó Alí.

—¡Volved a casa! —gritó Cosme y la gente comenzó a replegarse. Quince minutos más tarde apenas quedaba nadie en la calle.

—Gracias por todo —comentó Alí a Cosme.

—La ayuda de Omar ha sido muy importante.

Los dos hombres se dieron las manos.

—Espero que se haga justicia, cada vez es más difícil intentar frenar a los violentos.

Cosme dio un largo suspiro.

—Estamos en manos de Dios amigo, espero que la gente deje de echar más leña al fuego y todos podamos vivir en paz.

Cosme se alejó del grupo y se dirigió caminando hasta su casa, mientras recorría las calles de su barrio pensó en que era casi imposible que las cosas se calmaran y que solo era cuestión de tiempo de que el odio entre las comunidades se desatara como una corriente impetuosa que destroza todo a su paso.

37. Don Manuel

No pensaron que regresarían a la casa de Manuel Soto y Pizarro de Colmenar. El hombre los recibió sin ningún problema. Lo único que tenían contra él era la acusación del rey emérito y una vaga idea de supuesto motivo, la envidia.

—No esperaba verlos de nuevo.

—Nosotros tampoco, si le soy sincera.

—Han hablado con mi viejo amigo y les ha dicho que yo estoy detrás de los crímenes. Cosa absurda.

—Bueno, simplemente queremos hacerle unas preguntas —dijo Shawn.

—Ustedes dirán, estaba desayunando.

Adela sacó un teléfono y le enseñó las imágenes borrosas de lo que parecía una mujer.

—¿La conoce?

El hombre negó con la cabeza y siguió desayunando tranquilamente.

—Espere un momento.

Le volvieron a enseñar las fotos.

—Creía haber visto un fantasma, pero debe ser la hija.

—¿De quién? —preguntó impaciente Adela.

—Fue una de las primeras, se llamaba Luna Balaguer. Había tenido una vida muy difícil. Su hermana murió en un atentado; su esposo en un accidente de coche; tuvo una hija que todo el mundo comentaba que era del rey emérito, pero este nunca lo reconoció.

Los dos inspectores apuntaron el nombre.

—¿Sabe algo más de ella?

—La madre cayó en la droga cuando el rey la dejó, entonces la hija la ayudó a dejarlo y fundaron un centro terapéutico, pero no sé más. Ah sí, se llamaba "Luz del Mundo", creo.

Los dos inspectores dejaron la casa y buscaron la dirección. El centro estaba en Segovia, a unos ochenta kilómetros de Madrid, cerca de Los Ángeles de San Rafael.

—¿Piensas que esta es la pista buena? —preguntó Shawn a su compañera.

—No lo sé, pero es lo mejor que hemos conseguido hasta ahora.

38. La Tercera República

La chica se encontraba bien. El comisario con su coche se había estampado contra el suelo y había muerto en el acto. Los dos agentes se llevaron a la chica antes de que llegase la policía y tuvieran que dar explicaciones por qué estaba allí dos agentes de inteligencia. Una media hora más tarde se encontraban en las instalaciones de la agencia.

El director los recibió de inmediato y le contaron lo sucedido. A continuación, Francisco Ayala interrogó a la joven.

—¿A qué lugar fueron? ¿Dónde dejó los documentos el comisario?

—Estaba en el maletero de un coche —dijo todavía medio adormilada por la droga.

—¿Viste algo?

La chica señaló a la espalda del hombre. Era el escudo español que se encontraba en los edificios oficiales.

—Era un lugar público.

—Nosotros vimos una casa.

—Hay más de un centenar de residencias para el uso y disfrute de cargos políticos —comentó el director.

—Era en la calle de Jerez —comentó Úrsula.

—Joder, esa es la residencia del ministro de Interior.

—¿Piensa que él la mandó eliminar? —preguntó Ernesto.

—Es capaz, pero lo que sabemos es que ahora tiene todos los documentos y grabaciones que pueden hundir a la monarquía y poner en jaque a decenas de empresarios y políticos.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Úrsula.

—Que este gobierno puede acabar con la monarquía cuando le venga en gana.

—¿Cree que lo hará? —dijo Ernesto.

—Ese cabrón quiere pasar a la Historia y esta es su oportunidad, ¿qué mejor manera de hacerlo que promulgar la Tercera República española?

39. La oportunidad

Mientras conducían a toda velocidad a Segovia, Adela no podía dejar de pensar en todo lo sucedido. Tres mujeres muertas, la Corona tocada casi de muerte y todas las alcantarillas del poder al descubierto.

—¿Qué pasará si la asesina es la hija de una vieja amante del rey?

—Es mucho peor, Shawn. Esta mujer es una posible hija ilegítima del rey emérito. Ella sola puede hundir la monarquía.

El coche había atravesado el largo túnel que unía a la Comunidad de Madrid con Segovia y ahora se acercaba a Los Ángeles de San Rafael, una gran urbanización creada por el empresario Jesús Gil y Gil a finales de los años sesenta. Antes de llegar vieron un camino de tierra que acababa en el centro de desintoxicación que llevaba a la presunta asesina.

Unos diez minutos más tarde estaban parados frente a la verja.

—Deberíamos llamar para pedir refuerzos —dijo su compañero.

—No creo que sea muy peligrosa.

—Ha asesinado a tres mujeres.

—Pero no de forma muy violenta.

Los dos inspectores entraron en la finca. Llegaron hasta el caserón, parecía medio abandonado. La puerta principal estaba abierta, daba a un gran salón donde los muebles estaban cubiertos por sábanas blancas.

Registraron el salón y subieron por una escalinata de madera. Al llegar a la primera planta, las puertas de las estancias estaban cerradas, excepto una que tenía la puerta entornada, dentro una mujer rubia estaba sentada mirando la puerta.

—Los estaba esperando.

Los dos inspectores apuntaron con sus armas a la mujer.

—Ya he conseguido mi propósito, ese cabrón va a perder lo que más ama. Él destrozó la vida de mi madre y de otras muchas mujeres.

—Levante las manos —le dijo Adela.

—Ya nada importa, la venganza está consumada.

Adela se acercó un poco más.

—Ha asesinado a tres mujeres inocentes.

—Esas arpías eran como él, pero hubo otras muchas que fueron engañadas y abandonadas, mientras todo el país miraba para otro lado.

—Levántese y suba los brazos en alto.

—Mi vida ya está acabada, he cumplido mi misión. Será mejor que se marchen.

La mujer al ponerse de pie mostró un mechero y lo encendió. Miraron al suelo, estaba pegajoso y olía muy fuerte a disolvente.

—Deje eso —le dijo Shawn.

La mujer soltó el mechero y el suelo de madera comenzó a arder. Los dos inspectores corrieron hacia la puerta y lograron salir de la sala de milagro. Las llamas se extendieron por todas partes. Unos minutos después todo ardía como una tea. El edificio se consumió casi por completo antes de que llegasen los bomberos.

Una ambulancia atendió a los inspectores, únicamente habían tragado un poco de humo.

—Esa mujer se ha llevado su secreto a la tumba. Estoy casi segura de que nuestros superiores no nos dejarán contar la verdad.

Shawn parecía sorprendido.

—¿Por qué no?

La joven le miró sorprendida.

—Bueno, la monarquía es la base de este sistema, si acaban con el rey la partida se termina.

—¿Estás segura?

La mujer miró al infinito.

40. Testigo protegido

Unas horas más tarde, en la comisaria de Carabanchel apareció el cuerpo sin vida del testigo protegido, al parecer se había ahorcado porque misteriosamente no le habían quitado el cinturón. Al día siguiente el juez puso en libertad a todos los sospechosos por falta de pruebas.

Cosme y su amigo Alí estaban desolados. Pasó a ver a Adela el sábado por la mañana para hablar con ella. La inspectora llevaba doce horas durmiendo sin parar, se encontraba agotada.

—Hola tío, siento mucho lo del testigo, era la única baza factible, no es ilegal tener disolvente ni prueba nada.

—Lo sé, pero esta sensación de impunidad me parece terrible. ¿Tan poco cuesta la vida humana?

Adela le preparó un café, los dos se lo tomaron en silencio hasta que la joven dijo:

—Tengo una idea: manda las fotos al periódico, puede que no haya pruebas concluyentes, pero si relacionamos la muerte de los inmigrantes con Santiago Escuza y el consejero del partido de ultraderecha tendrán que moderar su discurso y se producirán algunas dimisiones.

Mientras Adela y su tío preparaban un correo electrónico para un conocido periódico online, a unos kilómetros de allí, Santiago Escuza iba a comprar el pan. Un par de hombres encapuchados le salieron al paso y le mandaron parar.

—¡Qué mierda queréis! —les gritó chulesco, pero ellos no respondieron, se limitaron a sacar unas pistolas y lo cosieron a balazos, el neonazi había muerto antes de derrumbarse en el suelo. Un coche frenó en seco y los dos sicarios se montaron a toda prisa. Después, uno de ellos arrojó una nota escrita que decía en letras mayúsculas:

“VENGANZA POR NUESTROS HERMANOS AFRICANOS. JUSTICIA Y LIBERTAD”.

Epílogo

El presidente leyó todo el material clasificado, estaba dispuesto a que se publicara unos días más tarde, aquella cortina de humo gigantesca haría pasar los fallos de su gobierno como un simple juego de niños.

Estaba mirando un vídeo cuando su secretario le avisó de que el director del CNI tenía que verlo con urgencia.

—¿Qué querrá ese cabrón? —se preguntó mientras le decía al secretario que le dejase pasar.

Francisco Ayala entró en el despacho de la Moncloa con paso firme.

—Siéntese —le dijo el presidente y el hombre tomó asiento y dejó sobre la mesa una carpeta de cartón con el logo del CNI.

—¿Qué es eso? No quiero más sorpresas, llevo unos años terribles y quedan unos pocos meses para las elecciones.

—Será mejor que lo lea.

—No tengo tiempo para jueguecitos, hágame un resumen.

El director carraspeó, como si fuera a cantar y le dijo:

—Ha llegado a nuestros oídos que está dispuesto a usar toda la información que le entregó el comisario Villatoro para convocar de urgencia un referéndum sobre la monarquía.

—Eso a usted no le incumbe.

—Sí me incumbe, señor presidente.

—No le voy a permitir….

—En esa carpeta hay pruebas de que su ministro de Interior contrató al comisario Villatoro, que le ordenó asesinar a una chica inocente y que robó la documentación.

—Eso no es verdad.

—Lo siento presidente, en la carpeta hay fotos, también el muy capullo del comisario se molestó en grabar la conversación, mis hombres encontraron el audio en su móvil. Hasta después de muerto fue un tipo astuto. Si mueve un dedo contra el rey o su padre, su carrera política estará acabada. Muchas gracias por su tiempo, señor presidente.

El director salió del despacho con una sonrisa en los labios, atravesó los pasillos de la Moncloa y después entró en su coche oficial, tomó el teléfono y llamó al rey emérito.

—Ya está hecho, Majestad.

—Joder, Paquito, eres la hostia. Te debemos una, has salvado a España.

El director no pudo por menos que ruborizarse por el comentario del antiguo monarca. De alguna manera hacía mucho tiempo que había dejado de diferenciar sus intereses de los del país, pero eso a él le daba igual, podría jubilarse en el cargo tranquilamente y, después

con su pensión, vivir una vida tranquila en su pueblo cerca de Santander, todo lo demás era una simple y compleja partida de ajedrez en la que únicamente ganaba el que antes hacía jaque mate.

LUJURIA. CRÍMENES DEL SUR 1.

En el centro de la ciudad de Málaga, nadie tiene secretos para nadie. ¿O tal vez sí los tengan?

Hay novelas imposibles de dejar una vez que has comenzado, historias que llevan el suspense a su estado máximo y hacen dudar al lector cada vez que termina un capítulo. En este thriller absolutamente original y adictivo, Mario Escobar rompe los límites de la intriga psicológica con un relato que explora las frágiles fronteras entre la verdad y la mentira.

Amanda Romero es una trabajadora social de la ciudad de Málaga que trabaja en los Servicios Sociales. Su exmarido Arturo es policía, ambos se separaron tras la desaparición de su hija pequeña un año antes. Tras regresar de una baja por depresión, Amanda comienza a investigar una serie de presuntos abusos a menores donde parece que la Jet Set de Marbella está detrás. Junto con la ayuda de su hermana gemela Susana, investigará lo que se esconde entre los bajos fondos marbellíes y, al mismo tiempo, descubrirá unas pistas sobre la desaparición de su hija. Corrupción política, sobornos y trata de blancas son tan solo algunos de los asuntos turbios a los que se tendrán que enfrentar nuestras protagonistas, poniendo en peligro sus vidas y las de sus seres queridos.

AMNESIA

AUTOR CON MÁS DE 800.000 EJEMPLARES VENDIDOS

¿Estás listo para recordar?
Descubre la novela de la que todo el mundo hablará este año.
"A veces la memoria nos pone a prueba y no nos atrevemos a recordar quiénes somos".
Internacional Falls, Minnesota, 4 de julio, una mujer es encontrada inconsciente y cubierta de sangre en el Parque Nacional de Voyager. El resto de su familia ha desaparecido y ella no parece recordar nada. El doctor Sullivan, director del centro psiquiátrico de la ciudad, y Sharon Dirckx, ayudante del Sheriff, intentarán que recuerde todo lo sucedido aunque sin saberlo pondrán en juego sus vidas, su idea de la cordura y los llevará hasta dudar de lo que la paciente le está

contando. El tiempo corre en su contra y cada minuto cuenta para dar con los tres desaparecidos, antes de que sea demasiado tarde.
Con un estilo ágil e imágenes impactantes, Mario Escobar construye un thriller que explora los límites del ser humano y rompe los esquemas del género de suspense. Amor, odio, venganza, terror, intriga y acción trepidante inundan las páginas de la novela.

EL DILEMA
"A veces la verdad es más difícil de aceptar que la mentira".
Es un mal día para el ladrón Atila Haldor. Tras elegir la casa del juez Alan Hillgonth para dar su próximo asalto, descubrirá que el magistrado oculta un secreto terrible. En el sótano de la casa descubre a una joven encadenada y repleta de magulladuras.

Antes de que pueda reaccionar al terrible descubrimiento, escapará de la casa al escuchar que el juez ha regresado con su familia. Atila, tras el golpe fallido no sabe cómo actuar, si denuncia el caso a la policía puede terminar en la cárcel.
Al final decidirá regresar a la mansión para liberar a la chica, pero es demasiado tarde, la joven ya no está en el sótano. Unas semanas más tarde, la desaparición de una nueva adolescente le lleva a sospechar que se trata del mismo individuo, el juez Alan Hillgonth, un hombre casado y con hijos, al que se le considera uno de los pilares de la comunidad de Nueva Orleans.
¿Podrá demostrar la verdadera naturaleza del juez? ¿Se librará de convertirse en sospechoso de secuestro y asesinato? ¿Su decisión de atrapar al asesino pondrá en peligro a su esposa Patty y sus hijos?
EL INOCENTE
"Todos debemos enfrentarnos alguna vez en la vida con nuestra conciencia".
Annette y Jeffrey Green son una exitosa pareja de escritores. Tras varios fracasos sentimentales parecen haber encontrado la felicidad en su maravillosa casa en Lancaster, Pensilvania.
Es verano, mientras toman algo de vino al lado de la piscina recuerdan algunos de sus mejores momentos. Annette se marcha a dormir, pero lo que Jeffrey no sabe es que será la última vez que la vea con vida. Tras un desgraciado accidente, su esposa se cae por las escaleras y muere desangrada. La comunidad parece apoyar al pobre viudo, hasta que una carta anónima relaciona la muerte de su esposa con la de otra mujer, muerta en similares circunstancias en España en los años ochenta. El fiscal acusará a Jeffrey de asesinato y todo su turbio pasado se volverá contra él.
¿Podrá demostrar su inocencia? ¿Logrará que su propia familia le crea? ¿Dos muertes similares pueden ser casualidad?

El Círculo

“Tras el éxito de Saga, Misión Verne y The Cloud, Mario Escobar nos sorprende con una aventura apasionante que tiene de fondo la crisis financiera, los oscuros recovecos del poder y la City de Londres”

Argumento de la novela El Círculo:

El famoso psiquiatra Salomón Lewin ha dejado su labor humanitaria en la India para ocupar el puesto de psiquiatra jefe del Centro para Enfermedades Psicológicas de la Ciudad de Londres. Un trabajo monótono pero bien remunerado. Las relaciones con su esposa Margaret tampoco atraviesan su mejor momento y Salomón intenta buscar algún aliciente entre los casos más misteriosos de los internos del centro. Cuando el psiquiatra encuentra la ficha de Maryam Batool, una joven bróker de la City que lleva siete años ingresada, su vida cambiará por completo.

Maryam Batool es una huérfana de origen pakistaní y una de las mujeres más prometedoras de la entidad financiera General Society, pero en el verano del 2007, tras comenzar la crisis financiera, la joven bróker pierde la cabeza e intenta suicidarse. Desde entonces se encuentra bloqueada y únicamente dibuja círculos, pero desconoce su significado.

Una tormenta de nieve se cierne sobre la City mientras dan comienzo las vacaciones de Navidad. Antes de la cena de Nochebuena, Salomón recibe una llamada urgente del Centro. Debe acudir cuanto antes allí, Maryam ha atacado a un enfermero y parece despertar de su letargo.

Salomón va a la City en mitad de la nieve, pero lo que no espera es que aquella noche será la más difícil de su vida. El psiquiatra no se fía de su paciente, la policía los persigue y su familia parece estar en peligro. La única manera de protegerse y guardar a los suyos es descubrir qué es “El Círculo” y por qué todos parecen querer ver muerta a su paciente. Un final sorprendente y un misterio que no podrás creer.

¿Qué se oculta en la City de Londres? ¿Quién está detrás del mayor centro de negocios del mundo? ¿Cuál es la verdad que esconde “El Círculo”? ¿Logrará Salomón salvar a su familia?

Mario Escobar

Autor Betseller con miles de libros vendidos en todo el mundo. Sus obras han sido traducidas al chino, japonés, inglés, ruso, portugués, danés, francés, italiano, checo, polaco, serbio, entre otros idiomas. Novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas.

Publica asiduamente en las revistas Más Allá y National Geographic Historia.

Apasionado por la historia y sus enigmas, ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos.

[1] Según el Diccionario de la Real Academia Española.